SERVICIO SECRETO

KEITH LUGER

EL CRIMEN DE LA CORISTA



El sargento Addison levantó la sábana que cubría el cadáver.

Era una mujer de cabello rojizo, treinta y cinco años, bien formada, pero no se podía saber si había sido bella porque le habían golpeado mucho la cara. La causa de la muerte era una cuchillada en el corazón. La víctima sólo se cubría con un batín y debajo no llevaba nada. El batín estaba muy abierto ampliando el escote hasta el estómago.

Barry dejó caer la sábana.

Los muchachos del laboratorio estaban trabajando. Uno de ellos manejaba el cuchillo de cocina que había matado a Fannie Stuart.

El apartamento era muy modesto, con mobiliario viejo, paredes con el empapelado sucio.

Keith Luger

El crimen de la corista

Bolsilibros: Servicio Secreto - 1006

ePub r1.0

xico_weno 28.12.16

Título original: *El crimen de la corista*
Keith Luger, 1969
Ilustraciones: Jorge Núñez

Editor digital: xico_weno
ePub base r1.2

SS SERVICIO SECRETO

eb

CAPÍTULO PRIMERO

—Dígame su nombre.

—Stella Chander.

—Edad.

—Diecinueve años… De raza caucásica, cabello rubio natural…

—No le pregunté tanto, señorita Chander.

—¿No me van a fichar?

—Sólo la estoy interrogando.

—Es que quiero facilitarle las cosas, sargento.

—Quiero que se dé cuenta de esto, señorita Chander. Usted atropelló a un niño con su automóvil. Está herido gravemente y él puede morir.

—No fue culpa mía.

—Usted cometió dos excesos, señorita Chander. Primero, bebió demasiado alcohol. Segundo, su coche corría por encima de la velocidad límite. Los dos puntos han sido probados.

—Quiero un abogado.

—Lo tendrá.

—Lo quiero ahora. Un compañero suyo me dijo que tenía derecho a él.

—Lo tiene, señorita Chander.

—Entonces, quiero el abogado ahora, sargento… ¿Cómo dijo que se llamaba?

—Barry Addison. Lo dije dos veces antes de empezar.

—Lo olvidé.

—Al parecer tiene mala memoria, señorita Chander.

—¿Eso es un delito?

—No, no lo es, pero no nos apartemos de la cuestión. ¿Dónde estuvo usted antes de que atropellara al niño?

—Por ahí.

—¿Dónde es por ahí?

—¿Quiere que le cuente la historia de mi vida?

—De momento, sólo me interesa todo lo que se refiere al accidente. El detective Albert Connors entró en la habitación.

—Sargento.

—¿Qué hay, Albert?

—El capitán quiere verte.

—Ya iré.

—Ahora.

El sargento dio un suspiro y se levantó de la silla. La joven le sonrió.

—¿Cuándo tiene su día libre, sargento?

—¿Para qué lo quiere saber?

—Le puedo dar mi número de teléfono. Usted y yo pasaríamos un par de horas divertidas. Es todo un carácter y a mí me gustan los hombres que son así.

El sargento no le contestó. Dio media vuelta y echó a andar saliendo de la habitación. El capitán Lex Wilder estaba examinando unos papeles. No apartó la mirada de ellos.

—¿Está con Stella Chander, sargento?

—Sí.

—Déjela.

—¿Por qué?

—He dicho que la deje. El sargento Monty Roberts se ocupará de ella.

—Es mi tumo, capitán. Me corresponde a mí. ¿Quiere decir que me retira del caso?

—No tome así las cosas, Addison. Se trata de una distribución racional del trabajo.

—Como usted quiera.

—¿Qué me dice de Peter Simmons? —El capitán lo miró a la cara—. Me dijo que lo cazaría.

—Lo cazaré, capitán. Tarde o temprano acudirá al apartamento de su novia Margaret Dawis. Hay un hombre allí permanentemente vigilando.

—Espero que no se equivoque.

—¿Algo más?

—No. Puede retirarse.

Barry Addison salió del despacho y fue a su mesa. Sentado en

una esquina estaba el detective Connors.

—¿Te retiraron, Barry?

—Sí —gruñó Barry.

—Sé lo que pasó. Hubo una llamada. El padre de la chica es un abogado importante.

—No hace falta que me digas nada. Lo imaginé.

—No te enfades. De todas formas el caso sale de nuestra jurisdicción. Es para el Tribunal Tutelar de Menores.

—Sí —sacudió la cabeza Barry—, pero ese tribunal necesitaba una información imparcial y ahora no la tendrá. ¿Sabes lo que harán, Albert? Intervendrá el famoso abogado y la chica será entregada a la custodia familiar y con eso no se habrá adelantado nada. Y cualquier día, Stella Chander volverá a cometer un delito.

—Nunca se debe predecir el futuro.

—Deja de imitar al comisionado.

Hubo un silencio. Addison se sentó ante su mesa y examinó algunos papeles.

—Barry —dijo Connors—, el domingo llevaré al campo a la familia. Conozco un lugar donde se pescan truchas de a dos palmos. ¿Por qué no vienes con nosotros?

—No, Albert. No me harás pegar otro madrugón. Dormiré hasta el mediodía.

—Son truchas de a kilo.

—Lo mismo dijiste la otra vez. ¿Y qué fue lo que pescamos? Una sola truchita en todo el día y la tuvimos que arrojar al agua con nuestros mejores deseos.

—Te digo que ahora encontré un sitio estupendo. El teléfono empezó a sonar.

Barry descolgó.

—¿Barry?

—Te escucho, Rock.

—Margaret ha recibido una visita.

—¿Peter Simmons?

—No, es un tipo de unos sesenta años, cabello blanco, nariz un poco torcida.

—Es Harry Wallace, Rock. Y eso quiere decir que le lleva un mensaje de parte de Peter. Salgo para ahí.

—De acuerdo.

Cuando el sargento salía, Albert dijo:

—Truchas de a kilo. Palabra, Barry.

Addison dio un manotazo en el aire y se marchó.

El detective Richard Marker estaba apoyado en la proa del automóvil policíaco leyendo un periódico.

—Nos vamos, Richard.

—¿Adónde?

—La Dawis recibió la visita de un antiguo amigo nuestro. Harry Wallace.

Marker soltó un silbido. Los dos se metieron en el auto. Conducía Richard Marker.

—¿Qué pasó con Stella Chander, sargento?

—El capitán le confió el caso a Monty Roberts. Marker rió.

—El bastardo de Roberts. ¿Por qué tienen a esos bichos en el Departamento de policía?

—Ha de haber de todo, Richard.

—Pero las salpicaduras nos llegan. El otro día mi sobrino que tiene siete años me dijo:

«Tío Richard, debes tener mucho dinero». Yo le pregunté: «¿Por qué dices eso, Tony?». Y él me contestó: «Porque te deben pagar mucho dinero para no ir a la cárcel»… Tiene siete años, Barry. Qué cosas hará oído.

Addison se echó el sombrero hacia la nuca y se masajeó el mentón con la mano derecha.

—¿Sabes una cosa, Richard? A veces me pregunto por qué estamos metidos en esto.

—Porque lo sentimos.

—Sí, es cierto. Tú y yo, y unos cuantos, lo sentimos. Pero ¿adónde nos conduce? Es un callejón sin salida.

—Las cosas pueden cambiar, sargento.

—No cambiarán.

—Dices eso porque te retiraron del caso de la Chander. Pero no te debió pillar de sorpresa. Te lo advertí, Barry. La familia de la chica está podrida de dinero. Su padre es un tipo importante. ¿Y qué tenían que hacer ellos sino echarles una mano a la muchacha? Es lo natural.

—Sí, Richard. Lo es, pero también es natural que el Departamento de policía resista todas las presiones y no ocurre así.

Se reunieron con Rock.

—¿Sigue Harry Wallace con la Dawis?

—Sí, Barry.

—Está bien. Les haré una visita.

El sargento subió en ascensor hasta la cuarta planta y oprimió el timbre de la puerta 102. Le abrió Margaret Dawis, una mujer de curvas opulentas. Se cubría con una bata muy ceñida.

—Hola, sargento.

—¿Qué tal, Margaret?

—¿Es una visita de cumplido?

—Sí —dijo Barry entrando en el apartamento.

Harry Wallace tenía un vaso de *whisky* en la mano y, al ver al sargento abrió la boca, pero no dijo nada.

—Caramba, Harry, qué sorpresa. Wallace forzó una sonrisa.

—¿Cómo le va, sargento?

—No me puedo quejar. ¿Y a ti, Harry? ¿Cómo te marchan los negocios?

—Estupendamente.

—¿Dónde trabajas ahora?

—En un circo.

—Ignoraba que tuvieses habilidades circenses.

—Soy el que da de comer a las fieras. —Harry rompió a reír.

—Eso está bien, Harry.

—Sólo hago que poner en práctica sus consejos, sargento. Me dijo tantas veces eso de que llevase una vida honrada que al final lo consiguió.

Margaret Dawis se había apoyado en la pared, cruzando los brazos.

—Sargento, a mí no me la pega. ¿Por qué no hace ya la pregunta a Harry? Barry exhaló el aire de sus pulmones.

—Harry, ¿dónde está Peter Simmons? Margaret soltó una risita.

—Es a lo que vino el sargento, Harry. Quiere atrapar a Peter. Pero ciertos policías dan muchos rodeos para llegar al punto que les interesa.

Harry se mojó los labios con la lengua.

—¿Peter…? Hace un siglo que no lo veo. Le diré la verdad, sargento. No lo veo desde la última vez que estuve en prisión, y eso fue hace tres años.

—Harry —dijo el sargento—, Peter Simmons mató a otro antiguo compañero tuyo. Sabes a quién.

—Sí, lo dijeron los periódicos. A Eddie Sayer.

—Pelearon por cien mil dólares que habían robado al Banco Internacional del Comercio. Nos interesa detener a Simmons y recuperar el dinero. ¿Qué sabes de eso?

—Nada. No sé nada, sargento. Y si quiere que se lo jure por mi madre, se lo juro en seguida.

—No hace falta.

—Sólo vine aquí por charlar un rato con Margaret. La conozco desde que era una niña y siempre me he interesado por ella, ¿verdad, Margaret?

—Sí, Harry.

—Quiero a Margaret como si fuese una hija.

—Debes tener muchas hijas, Harry —repuso el sargento.

—Sólo tuve una de verdad y se murió.

—Entiendo, y el hueco que ella te dejó lo has ocupado con siete u ocho chicas.

—Así es, sargento.

—Eres un hombre muy afectivo, Harry.

—Lo soy, sargento. Addison sacudió la cabeza.

—Está bien. Ya me voy.

Se dirigió hacia la puerta, pero con la mano en el tirador, volvió la cabeza y sonrió.

—Harry, me alegro que no sepas nada de Peter Simmons. Ah, ¿cómo se llama el circo dónde trabajas?

—Circo García. El dueño es un mejicano.

—Pues ten cuidado.

—¿Eh?

—Me refiero a las fieras. No serías el primero al que arrancan un brazo de un zarpazo. Addison salió del apartamento y se reunió con Rock y Richard.

—Está claro, muchachos. Harry Wallace sabe dónde está Peter Simmons.

—Estupendo —dijo Rock—. Lo cazaremos.

—No ahora. Harry no nos llevará a Peter Simmons al instante. Tendremos que esperar. Harry trabaja en el Circo García como empleado. Está encargado de cuidar a las fieras. Tú lo seguirás

Rock.

—De acuerdo.

—Yo me voy a casa.

Se despidieron y Barry tomó un taxi. Al llegar a su apartamento se duchó.

Sonó el teléfono cuando se estaba secando.

—¿Sí?

—Hola, sargento. Te he estado llamando media docena de veces desde hace dos días.

—Tuve trabajo, Helen.

—Hace mucho tiempo que no me invitas a cenar.

—Pensé que te habías ido a Los Angeles.

—Te voy a sacar los ojos, Barry. Te dije que me iba a Los Angeles hace tres meses, pero volví hace veinte días y ni siquiera te has dignado llamarme. Te exijo una reparación.

—¿En qué va a consistir?

—Invítame a cenar.

—Tú vas a lugares caros y mi sueldo no alcanza para eso.

—Muy bien, sargento. Déjate sobornar por una vez. Yo pagaré la cena.

—No.

—Por favor, sargento. No me acuses de corromperte. Insisto en que es importante que te vea.

—Está bien. Cenaré contigo.

—Te corrompí, sargento —rió ella por el auricular.

—Nada de eso. Iremos donde yo diga.

—¿Y qué antro vas a elegir?

—Uno en el que por tres dólares cenaremos los dos.

—De acuerdo. Iré a esa pocilga. ¿Consideras también como soborno que te vaya a buscar en mi descapotable?

—Lo pasaré por alto, Helen.

—¿Estarás listo en una hora?

—Correcto.

Colgó Helen y lo hizo él.

Se puso un traje oscuro, con camisa blanca y corbata azul. Sonó el timbre de la puerta y acudió a abrir.

Helen entró y le pasó los brazos por el cuello. Luego le besó.

Barry soltó un gruñido y Helen se apartó.

—¿Eres un animal carnívoro, sargento?

—Estás muy hermosa.

—¿Y por eso gruñes?

—Por eso.

—Anda, invítame a un trago.

—Nada de tragos —cogió a Helen por el brazo y salieron. Helen era rubia, atractiva, de veinticinco años.

Cuando viajaban en el descapotable, Barry encendió dos cigarrillos y le dio uno a Helen.

—¿Cómo te fue la exposición en Los Angeles?

—De maravilla. ¿Sabes que me consideran como la escultora de más porvenir en el país?

—Enhorabuena.

—Un crítico dijo que lo que más admira en mí es mi forma de captar los secretos interiores del hombre —miró a Barry rápidamente y rió—. ¿No es una paradoja? Estoy tratando de captar los secretos interiores de un condenado sargento de policía y fracaso rotundamente.

Barry gruñó otra vez.

—Y el crítico agregó otra cosa, animalucho; que yo podría hacer muy feliz a un hombre porque sé cuánto debe saber del varón. Bueno, él no lo dijo así. En lugar de varón dijo macho.

—Ese crítico no es muy delicado.

—No te vayas por las ramas, sargento.

—Nunca me voy.

—Oh, sí, el eficiente policía que hace preguntas concretas para descubrir hechos concretos.

—Así debe ser. Tuerce hacia la derecha.

—¿Adónde vamos?

—Al antro —le sonrió Barry.

El local se llamaba La Botella. Era un restaurante elegante, decorado con objetos marinos, redes, mástiles, brújulas, ruedas de timón…

—Tramposo —dijo ella—. Esto me gusta.

Se sentaron a una mesa y acudió una camarera vestida de pirata de guardarropía, con blusa de seda, pañuelo rojo a la cabeza y unos pantaloncitos que dejaban al descubierto sus hermosas piernas.

Barry encargó ostras, *cocktail* de gambas y *tournedó* con patatas

fritas.

—Barry —dijo Helen—, ¿cuándo me vas a pedir que sea tu esposa?

—No te convengo.

—Deja que sea yo quien lo decida.

—Sería un mal compañero para la escultora con más porvenir de América. No soporto cierta clase de gente y es justo la que a ti te rodea.

—No se puede vivir aislado, Barry.

—No vivo aislado.

—Oh, no. Tus amigos son hampones y policías.

—Hay variedad.

—También la hay entre mi gente.

—No lo dudo. Pero cuando no quiero soportar a uno de los míos, me largo. Si hiciese lo mismo con tu gente, haría daño a tu carrera. Tú vives del público y de esos bichos que se llaman críticos de arte. ¿Te gustaría que de vez en cuando le rompiese la nariz a uno de ellos?

—Viviremos en una casa adonde ellos no puedan llegar. Elige el sitio y te la compro. Barry rió.

—Gracias, hada buena. Pero no me interesa.

—Anda, dilo todo. No quieres vivir a costa de tu mujer.

—Eso es verdad.

—No te pido que abandones tu condenado Departamento de policía.

—Una escultora y un polizonte. —Barry chasqueó la lengua—. Es una combinación pésima. Nunca daría resultado.

—Probemos.

—Hay cosas que no se deben probar.

—Existe el divorcio. —Helen hizo un mohín y alargó la mano acariciando la patilla derecha de Barry—. Puedo permitirte hasta que rompas un par de narices, pero no más. A la tercera nariz rota pediré la separación por crueldad mental… «Su Señoría, mi marido no aprecia las narices de los críticos. Las odia a muerte. En cuanto ve una, ya está dispuesto a machacarla».

Barry le cogió una mano y se la besó en el dorso.

—Déjame que lo piense, Helen.

—¿Cuánto tiempo? ¿Cinco años? ¿O me vas a pedir diez?

—¿Te valen un par de semanas?

Los ojos de Helen adquirieron mayor brillo.

—¿Es cierto, Barry?

—De verdad. Ya no soy ningún chiquillo y pienso que debo asegurar mi vejez con un hogar, una mujer, unos hijos…

Terminaron de cenar y ella dijo:

—Acompáñame al estudio.

—No.

—¿Por qué no?

—Soy muy impulsivo con las escultoras.

—Aquí tienes a una.

—Tú no eres una cualquiera.

—Quiero ser una cualquiera para ti.

—No me tientes, Helen.

—No he dejado de hacer otra cosa desde que te conocí. Se miraron fijamente a los ojos y él sacudió la cabeza.

—Te acompañaré al estudio, pero sólo por beber un trago. Nada más que por eso.

¿Entendido, Helen?

—Entendido, polizonte.

Cuando entraron en el estudio, Helen dijo:

—Ponte cómodo. Voy a cambiarme.

Ella desapareció en las habitaciones interiores y Barry se entretuvo en contemplar las esculturas que había allí, unas acabadas, otras a medio terminar.

Le gustó una Diana.

Helen salió. Llevaba un bonito batín rojo. Vio que él estaba mirando la Diana y dijo:

—Preferirías el modelo. Barry se volvió.

—¿Existe una mujer así?

—Las hay y no me pidas que te presente al original o te enveneno.

—Prefiero el *whisky* solo.

Ella preparó dos *whiskies* con hielo. Bebieron sentados en un sofá.

Helen dejó su vaso en una mesita que estaba a su derecha y le quitó a Barry el suyo.

—¿Y bien? —dijo ella.

Barry le pasó el brazo por los hombros, se inclinó y la besó. Al separarse, Helen dijo:

—Sigue, Barry.

—Me tengo que marchar. Tuve un día de mucho trabajo. Estoy cansado.

—Me pregunto si eres de hielo.

—No, no lo soy.

La besó otra vez y se levantó. Tomó el vaso y bebió el *whisky* que quedaba en él. Helen exclamó:

—Eres un monstruo, sargento.

—¿Por qué?

—Por dejarme.

—Quiero que sepas por qué te respeto, Helen. Porque eres la única mujer con la que podría casarme. —Se dirigió hacia la puerta.

—Barry —dijo Helen.

No se había movido del sofá. Él la miró con las cejas enarcadas y entonces ella agregó:

—Te quiero.

—Yo también a ti.

—Sería capaz de dejarlo todo. Pídeme que destruya mis estatuas con un martillo y lo haré.

—No, no te voy a pedir tal cosa. Sólo entonces sería un monstruo. Te llamaré.

—¿Cuándo?

—Un día de éstos.

Barry salió del estudio.

Caminó un rato por la calle fumando un cigarrillo y luego tomó un taxi.

Al llegar a su apartamento, se sirvió otra ración de *whisky*. Bebió un trago y sonó en seguida el teléfono.

—¿Quién es?

—Alfred Hudson. Sargento, te necesitamos. Han matado a una mujer.

—¿Dónde estás, Hudson?

—Calle 62, Oeste, 324. Piso 2.° C.

—Está bien. Voy para allá… ¿Quién es la muerta?

—Se llamaba Fannie Stuart. Y era una vulgar corista.

CAPÍTULO II

El sargento Addison levantó la sábana que cubría el cadáver.

Era una mujer de cabello rojizo, treinta y cinco años, bien formada, pero no se podía saber si había sido bella porque le habían golpeado mucho la cara. La causa de la muerte era una cuchillada en el corazón. La víctima sólo se cubría con un batín y debajo no llevaba nada. El batín estaba muy abierto ampliando el escote hasta el estómago.

Barry dejó caer la sábana.

Los muchachos del laboratorio estaban trabajando. Uno de ellos manejaba el cuchillo de cocina que había matado a Fannie Stuart.

El apartamento era muy modesto, con mobiliario viejo, paredes con el empapelado sucio.

El detective Alfred Hudson estaba en un rincón de la estancia acompañando a una mujer de unos veintiocho años.

—Ella es Violette Hubert, sargento —dijo Hudson—. Compañera de Fannie en el teatro Emporium. Descubrió ella el cadáver.

Violette Hubert se mojó los labios con la lengua.

—Es increíble, sargento. Fannie era una chica muy buena. Hoy no fue al espectáculo y pensé que estaba enferma. Por eso vine, en cuanto acabó la función.

—¿Cómo entró aquí, Violette?

—La puerta estaba entornada. La empujé y en seguida me encontré con ella, como está ahora, pero sin la sábana. Fue espantoso. ¿Quién le ha podido hacer eso a Fannie?

—¿Desde cuándo trabajaban juntas?

—Fannie llegó aquí hace tres meses.

—¿No la había conocido hasta entonces?

—No.

—¿Qué sabe de ella?

—Me dijo que venía de Chicago.

—¿Qué hacía en Chicago?

—Lo mismo. Bailar.

—¿Casada?

—No. Quiero decir que a mí no me dijo que lo estuviese.

—¿En qué teatro de Chicago bailó?

—Me habló del Odeón.

—¿Algún otro sitio?

—No.

—¿Le habló de sus familiares?

—Sólo tiene un hermano.

—¿Dónde?

—En Indianápolis. Trabaja en una fábrica de automóviles. Está casado y tiene tres niños, pero Fannie no se llevaba bien con él.

—Hábleme de los amigos de Fannie.

—Salió varias veces con hombres. En nuestra profesión eso es corriente. Sólo recuerdo dos nombres.

—¿Quiénes?

—Uno se llama Douglas Britten. Había salido conmigo antes. Es relojero. Conozco su dirección. —Violette la dijo.

—¿Y el otro hombre?

—Es con el que salía últimamente, desde hace unas semanas. Su nombre es Spencer Morley. Está metido en el boxeo. Es cuidador o algo así. Fannie me lo presentó una noche, pero hablé poco con él.

—¿Conoce su dirección?

—No.

—Está bien. No se preocupe. Lo encontraremos. ¿Cuándo vio por última vez a Fannie?

—Después de la función de anoche. Fannie me dijo que estaba citada con Spencer y nos despedimos. —Violette miró la sábana que protegía el cadáver—. Y fue la última vez que la vi. Es horrible.

El doctor Norton Marvin, el forense, entró con su maletín. Dirigió una mirada al sargento, hizo un saludo y se dirigió hacia donde estaba el cadáver.

El detective Albert Connors entró.

—Hola, sargento.

—¿Alguna cosa?

—He preguntado a los vecinos y ninguno hizo amistad con ella, aunque la habían visto unos cuantos. Era una chica muy vistosa. Un

tipo gordo del piso de arriba, Alex Rogers, habló un par de veces con Fannie cuando se encontró con ella en el ascensor. Pero no pasó de ahí la cosa. Fannie vivía aquí desde hace menos de tres meses.

Se oyeron voces en la puerta y los dos miraron hacia allí.

Un hombre hablaba apasionadamente al agente de uniforme que hacía guardia junto a la puerta.

—Soy Buck Malberg, el administrador del edificio. Connors dijo:

—Lo mandé llamar, sargento.

—Bien hecho, Albert. Puede marcharse, Violette, y gracias por su colaboración. Connors fue hacia la puerta y trajo a Buck Malberg consigo. Hizo las presentaciones.

Pero Buck Malberg apenas dirigió una mirada al sargento, porque su atención estaba fija en el cadáver que había en el suelo.

—Dios mío, ¿qué han hecho con ella?

—La mataron —contestó el sargento—. Y ya no importa la forma en que lo hayan hecho. Nosotros cazaremos al culpable, señor Malberg. ¿Quiere ayudarnos?

—Claro… Pero me temo que no les puedo servir de mucho. Verá, ella llegó a mi oficina respondiendo a un anuncio. Estos apartamentos son antiguos, pero ya sabe cómo están los tiempos. La renta es alta. Aquí no puede vivir una familia. Casi siempre alquilamos a una sola persona. Es una norma, ¿entiende? Nos aseguramos bien de que nuestros clientes no meterán a otras personas con ellos. Echamos al que viola las normas del contrato…

—Gracias por confiarme sus normas, señor Malberg, pero recuerde, me interesa lo de Fannie.

—Fue fácil todo con ella. Me dijo que estaba sola.

—Me imagino que le preguntaría por sus antecedentes.

—Sí, desde luego.

—¿Qué le contestó?

—Que venía de Chicago. Era artista. Había sido contratada por el teatro Emporium. Me dijo el nombre del agente artístico que había intervenido en el contrato.

—¿Quién?

—Charles Morris… Bueno, firmamos y eso fue todo. Pagó puntualmente.

—¿Vino alguna vez por aquí, señor Malberg? Buck se pasó la lengua por los labios.

—Sí, vine dos veces. A cobrar.

—¿Se limitó a eso? ¿A cobrar? Quiero decir si habló con ella acerca de cómo le iba en Nueva York.

—La primera vez apenas hablamos, pero sí la segunda. Me invitó a tomar un trago y yo acepté.

—¿Siempre la encontró sola?

—Sí, señor.

—¿Y de qué hablaron esa segunda vez?

—De nada importante. Se lo aseguro… Estaba muy optimista. Por eso me invitó al trago.

—¿Le explicó la razón de su optimismo?

—De una manera vaga.

—¿Ah, sí?

—Dijo que iba a heredar.

—¿De quién?

—No me lo dijo.

—¿Empleó esas palabras? ¿Qué iba a heredar?

—Dijo exactamente que iba a heredar una fortuna, pero no me explicó cuál sería la cantidad o la cosa que heredaría. Y agregó algo más.

—¿El qué?

—Que se iba a comprar vestidos en la Quinta Avenida. Y que le había echado el ojo a un abrigo de visón.

—¿No le extrañó eso?

—No, señor.

—¿Por qué?

—Porque no la creí. Verá, sargento. Ella ya había bebido cuando yo llegué y se le notaba.

—¿Quiere decir que estaba embriagada?

—Sí, eso diría yo… Se puso a bailar alrededor de ese diván donde yo me senté y tenía el vaso en la mano. Luego se sentó a mi lado.

—¿Qué más, señor Malberg?

—Nada.

—¿Nada?

El administrador estaba un poco azorado.

—Bueno, supongo que debo decirlo todo.

—Sí, señor Malberg, se lo agradeceríamos mucho.

—Bueno, verá. Intenté besarla. Ella al principio se mostró muy cordial. Usted ya me entiende.

—Ella dejó que usted la besase.

—Sí, pero de pronto…

—¿De pronto?

—Ella se apartó de mí y dijo: «Lo siento, señor Malberg, pero deberá marcharse». Yo me extrañé mucho de esa reacción y ella añadió: «Tengo que ver a la persona a la que debo heredar».

—¿Está seguro de que dijo eso?

—Sí, señor.

—Se hereda a una persona muerta, señor Malberg, y si ella dijo que la tenía que ver es que estaba viva. ¿No cree que debió extrañarle?

—Me habría extrañado en circunstancias normales, pero yo no le di importancia en aquel momento, quiero decir que ella estaba ebria. En resumen, sargento. Que me marché.

—¿Cuándo ocurrió eso, señor Malberg?

—A primero de mes. Hace una semana.

—¿Y cuándo volvió usted por aquí?

—No he vuelto hasta ahora.

—¿No vino aquí esta tarde?

—No.

—¿Está noche?

—Oh, no.

—Pero usted ha dicho que ella le interesaba. Debió encontrar fácil a Fannie Stuart. Se estuvieron besando en el diván. Lo lógico es que usted volviese.

—Es que luego lo pensé mejor y llegué a la conclusión de que no debía volver. Soy casado y tengo dos hijos. Uno es humano y se deja llevar a veces por sus impulsos. A mí me ocurre a menudo desear una aventura. Pero cuando estoy a punto de iniciarla, me encuentro sin ánimos para proseguirla. ¿Usted me entiende, sargento?

—Sí, le comprendo. Puede marcharse, señor Malberg. Si lo necesitamos, lo volveré a llamar.

—Sargento, yo quisiera, usted ya me entiende, mi mujer, mis dos hijos…

—No se preocupe. No nos gustan los chismes. Colabore con nosotros. Es lo que queramos.

—He colaborado. Por eso le conté todo tal como ocurrió. Buenas noches, sargento. El administrador salió del apartamento.

Addison se acercó al muchacho del laboratorio que había terminado de trabajar con el cuchillo.

—¿Algún resultado?

—Nada. No hay huellas. Las borraron.

Ahora estaba espolvoreando algunos muebles con otro compañero. El doctor había encendido un cigarrillo junto al cadáver.

—¿Qué me puede decir, doctor? —preguntó Barry.

—Fue muerta hace dos horas o dos horas y media. Primero la golpearon en la cara brutalmente.

—¿Con qué la golpearon?

—Con los puños y un objeto.

—¿Qué objeto?

—Puedo decirle con qué objeto no la golpearon. Con una tubería de plomo. Quizá fue con algo que había en la habitación y se llevaron.

—¿Ha visto el cuchillo?

—Sí, es un vulgar cuchillo de cocina y no hay duda que se trata del arma homicida. Ampliaré mi informe en la autopsia.

—Gracias.

Los camilleros ya estaban allí para llevarse a la víctima.

El sargento les hizo un movimiento afirmativo con la cabeza.

El apartamento sólo contaba con aquel *living*, un dormitorio, una pequeña cocina y un cuarto de baño más reducido todavía.

Addison y Alfred Hudson estuvieron husmeando por todas partes, abriendo los cajones de un armario y de la mesilla de noche.

—Maldita sea —dijo Hudson—, si al menos tuviésemos una carta. Pero no hay ni una sola.

—Puestos a elegir, yo preferiría la tarjeta de visita del asesino —dijo Barry con ironía—. Nos veremos en el Departamento. Tú y Connors iréis al Emporium. Yo me reservo al relojero y a ese tipo que está metido en el boxeo.

—Eh, sargento, en el Emporium hay mujeres.

—Me sacrifico para que no os quejéis.

Addison encontró en la calle el grupo de gente que se había formado para ver salir a los camilleros con la víctima.

CAPÍTULO III

El relojero Douglas Britten frisaba los cincuenta años y era de talla mediana, el cabello encrespado. Se cubría con un batín. Había dicho que se despertó al oír tres veces el timbre de la puerta.

Addison le enseñó su credencial y Britten lo dejó pasar.

—¿Qué quiere, sargento?

—Mataron a Fannie Stuart.

Era mejor decirlo así, salvo un caso especial.

Britten se quedó con la boca abierta, parpadeando muy aprisa.

—¡Dios mío!

Barry se sentó en un sillón, pero Britten no se movió en un rato. Luego corrió a un mueble bar.

—¿Quiere un trago, sargento?

—No.

—Ah, sí, está en acto de servicio. Pero yo lo necesito.

Se sirvió con mano temblorosa y bebió de un solo trago la ración. Addison esperó, apretándose el puente de la nariz.

—Tengo entendido que usted salió con Fannie Stuart y que la visitó varias veces, Britten.

—Sí, es cierto. La conocí en el teatro. Voy mucho al Emporium… He salido otras veces con chicas que trabajan allí.

—¿Quién le presentó a Fannie?

—Nadie. Cuando una de esas chicas me gusta, espero en el callejón. Si no tengo éxito, me retiro.

—¿Tuvo éxito esta vez?

—A medias.

—¿Por qué a medias?

—Ella me hizo caso al principio. Me dejó que la acompañase. Fuimos a tomar un trago. Luego la acompañé a su casa. Eso se repitió un par de noches. Dos seguidas. La última vez la invité a que viniese aquí y ella se negó. Entonces le dije que me dejase subir a su

apartamento y tampoco aceptó mi sugerencia. Dijo algo que me decepcionó mucho.

—¿Puede repetirlo?

—Sí, desde luego. Dijo que ella no había venido a Nueva York para perder el tiempo con un fulano como yo… Le dije que era una orgullosa y unas cosas más. No recuerdo.

—Así que pelearon.

—Oh, no, no diga eso, sargento. No peleamos.

—Y usted volvió esta tarde al apartamento de ella para…

—No, sargento. No volví a salir con ella desde aquel día.

—Pero siguió yendo al Emporium.

—Sí.

—¿Y con qué chica salió si no fue con Fannie?

—Con ninguna.

—Entiendo, no salió con ninguna porque le seguía gustando Fannie.

—No, sargento. Le repito que lo de Fannie fue un intento. Verá, sargento, cuando fracaso no insisto. No soy ningún chiquillo. Nunca me enamoro de una mujer. Bueno, me enamoré, como todos. Para ser más exacto me enamoré dos veces y la última fue cuando yo tenía veintiocho años. Luego, nada. No quiero complicaciones.

—Voy a suponer que me dice la verdad.

—Le digo la verdad. Se lo juro.

—¿Qué le contaba Fannie cuando salía con usted?

—Hablábamos de los temas corrientes.

—¿Se refirió ella alguna vez a una herencia?

—¿Una herencia…? No.

—¿Le dijo en alguna ocasión que estaba citada con otro hombre?

—No.

Addison se puso en pie.

—Si recuerda algo, póngase en contacto conmigo.

—Sí, sargento, pero no creo que recuerde nada que le sirva de ayuda.

—Nunca se sabe.

Addison tomó un taxi y se hizo conducir al Athletic Club del Bronx.

Ya se habían celebrado los cuatro primeros combates. Sólo

restaba el de fondo. Los contendientes eran Joe Martino contra Pop Russo, cuidado por Spencer Morley.

Barry se dirigió a la habitación ocupada por el segundo.

En la puerta, dos hombres robustos impedían la entrada de los admiradores. Barry mostró su credencial a uno de los gorilas.

—El combate va a empezar, sargento.

—De acuerdo —contestó Addison y se metió en el cuarto. Olía a linimento.

Pop Russo era un peso pesado de unos veintitrés o veinticuatro años. En su cara mostraba la huella de los golpes. Un periodista lo estaba entrevistando.

—Ganaré a Joe Martino por fuera de combate en el cuarto asalto.

—¿En qué minuto? —preguntó el periodista con sarcasmo.

Russo se quedó indeciso y entonces contestó un hombre alto, moreno, que le pasaba la toalla por el torso y la espalda.

—Caerá en el segundo minuto.

El periodista asintió con la cabeza.

—Suerte —dijo y se marchó. El cuidador reparó en Barry.

—Eh, ¿qué hace usted ahí? ¿Por qué lo dejaron entrar?

—Soy sargento detective del Departamento de policía, Barry Addison. Necesito hablar con usted.

—Lo siento, pero ahora no puedo.

—Investigo un homicidio. Morley frunció el ceño.

—¿Han matado a alguien que yo conozca?

—Sí.

—¿A quién?

—A Fannie Stuart.

—No me diga.

—Ajá —se tironeó de una oreja Addison. Se abrió la puerta y un hombre dijo:

—Al *ring*, muchachos.

Morley señaló con la mano la puerta.

—¿Lo ve, sargento?

—Está bien. Llévese a su luchador. Hablaremos después.

—Gracias.

Pop Russo y Spencer Morley salieron y Barry lo hizo a continuación.

Algunas sillas de la primera fila estaban desocupadas y Barry se sentó en una de ellas, junto al pasillo.

El rival de Pop Russo, Joe Martino, era de su misma talla. Los dos se entregaron a la lucha en cuanto sonó la campana.

Ambos eran buenos encajadores ya que recibieron golpes para caer, aunque quizá los dos careciesen de pegada. Ninguno de los dos llegaría demasiado lejos. Tenían que aprender mucho para seguir avanzando en el duro mundo del boxeo.

El público estaba dividido entre ambos contendientes.

Se alzaban por igual las voces alentando a Pop Russo y a Joe Martino cuando uno de los dos propinaba algún golpe.

El primer asalto fue nivelado. El segundo lo ganó Pop Russo. El tercero Joe Martino.

Llegaron al cuarto asalto, aquél en que Pop Russo había dicho al periodista que ganaría a Joe Martino por fuera de combate.

Empezó atacando Joe Martino y logró conectar un derechazo en el hígado de Russo. Éste se dobló y de nuevo el puño de Martino hizo impacto, ahora en la cara del pupilo de Morley, quien tuvo que abrazarse a Martino para impedir un castigo mayor. Eso produjo la protesta de los admiradores de Martino. El árbitro separó a los boxeadores amonestando a Russo.

Los dos boxeadores bailaron un poco por el *ring* y de pronto Russo atacó. Logró un
dos-tres
y Martino, al recibir el último impacto en la cara, se dejó caer en las cuerdas. Russo lo esperó en el viaje de vuelta y le conectó un gancho en el maxilar. Joe Martino se desplomó hacia atrás y quedó tendido, brazos y piernas en cruz.

Los partidarios de Russo convirtieron la sala en una olla de grillos.

El árbitro estaba contando. Llegó al final y Martino seguía tendido en el piso de lona. Russo empezó a dar saltos y se dirigió hacia Morley, quien lo abrazó.

Addison se levantó de la silla y se fue a la habitación. No había nadie y encendió un cigarrillo.

Oyó gritos, voces, y por fin entró Russo, Morley, tres periodistas y algunos admiradores.

—Dije que lo tumbaría en el cuarto asalto —decía Russo

sonriente, pegándose golpes en el pecho con las manos vendadas.

—A la ducha, muchacho —dijo Morley—. Yo me encargaré de los chicos de la Prensa. Russo obedeció y Morley habló a los periodistas.

—Russo está en forma, como habrán visto. Pelearemos en Filadelfia dentro de veinte días. El rival será Jim Pantera. Russo empezará a pelear con primeras serie la próxima temporada. Y apúntelo, muchachos, en un año y medio o dos, Russo será el campeón del mundo.

—¿Cuántos han de morirse? —preguntó un periodista.

—Gracioso, muy gracioso —dijo Morley—. Russo es bueno. De lo mejor que he visto en pesados. Sólo necesita un poco de apoyo. Esperamos conseguirlo. Ustedes ya me entienden.

Los periodistas hicieron otras preguntas y Morley dio las respuestas. Luego, poco a poco, los hombres de la pluma se fueron marchando.

Los gorilas se encargaron de despejar la habitación de admiradores. Morley se acercó a Barry secándose el sudor de la cara con un pañuelo.

—Hoy tenía que ser una noche feliz, sargento. Pero usted la enturbió.

—¿No habrá sido el asesino?

—Oh, sí, desde luego. Tiene razón. Usted cumple con su deber.

—Así es.

—¿Me va a preguntar sobre mis relaciones con Fannie?

—¿La vio esta tarde?

—No, ¿cómo la iba a ver? Tenía el combate de Russo y era muy importante para nosotros.

—¿Dónde estuvo?

—Aquí.

—¿Desde qué hora?

—Desde las cinco.

—¿No salió para nada?

—Sí, salí.

—¿Con quién?

—Solo. Fui a cenar.

—¿Dónde cenó?

—En el restaurante de Luigi.

—Entonces lo recordará el camarero que le sirvió.

—Seguro. Me sirvió Vittorio y luego de cenar me vine aquí y ya no salí. Un cuidador debe preocuparse de todos los detalles. No sé si usted está enterado de las cosas del boxeo, pero la psicología cuenta mucho. Oyó a Russo antes de salir para el *ring*. Le dijo a un periodista que vencería a Martino en el cuarto asalto. Pero lo dijo porque yo se lo repetí una y otra vez —levantó los puños y habló como si lo hiciese a Russo—. «Tienes que ganarle, Russo, y ha de ser en cuarto asalto. ¿Lo oyes, Russo? Deja que te sorprenda. Entonces él levantará los puños. Será un buen momento para que le coloques un
dos-tres».

—Todo le salió a la perfección, como si también le hubiese hablado a Martino.

—Eh, sargento, ¿está insinuando que he amañado el combate?

—Olvídelo. Sólo me interesa la muerte de Fannie Stuart. ¿Cuándo salió con ella por última vez?

—Anoche.

—¿Dónde se vieron?

—A la salida del teatro.

—¿Adónde fueron?

—Al restaurante de Luigi. Cenamos y luego la acompañé a su casa.

—¿Subió usted con ella?

—Sí, pero sólo estuve unos veinte minutos. Bueno, quizá más. Una media hora.

—¿Qué clase de relaciones sostenía con ella?

—¿Debo contestar?

—Puede negarse.

—Es una pregunta demasiado personal, sargento. Pero se la contestaré. Yo le gustaba a Fannie y ella me gustaba a mí, pero no piense por eso que yo tenía ningún compromiso con ella, pe matrimonio, nada de nada. Y entérese de esto. Fannie ni siquiera lo insinuó.

—¿Qué le contó ella de su vida?

—Me dijo que venía de Chicago.

—¿Por qué vino a Nueva York?

—Me empezó a decir algo, pero luego pareció arrepentirse.

—¿Qué cosa le dijo?

—Que había venido aquí para ventilar un negocio y que cuando lo terminase se marcharía.

—¿Qué clase de negocio?

—Fue justo lo que le pregunté, pero entonces Fannie se echó a reír y dijo: «No hace falta que lo sepas, cariño». Me dio un beso y luego, bueno, ¿para qué seguir?

—¿Habló Fannie de una herencia?

—¿Una herencia? No, no me habló de ninguna herencia.

—¿Citó el nombre de alguna persona relacionada de alguna forma con ella?

—Me habló de su hermano. Eso es. Dijo que su hermano iba a saber quién era ella. Se refirió a que él la había despreciado. Me dijo que trabaja en una fábrica de automóviles en Indianápolis y que un día se presentaría allí convertida en una dama.

—¿No le interesó saber porqué se iba a convertir Fannie en una dama?

—Estoy acostumbrado a oír cosas como ésas. ¿Qué mujer de la clase de Fannie no las dice de vez en cuando? Todas piensas en lo mismo. En que dejarán de bailar o de hacer lo que hacen porque un día tendrán un golpe de suerte en las carreras, heredarán a su tío, o cualquier cosa así. Apenas les presto atención cuando se ponen a hablar de esa forma. Yo voy a lo mío. Usted me entiende, ¿verdad? A propósito, ¿cómo la mataron?

—Con un cuchillo.

—Lo siento. No se merecía eso.

—Pero antes la golpearon en la cara como se golpea a un boxeador.

—No me gusta su indirecta, sargento.

—¿Ha sido boxeador?

—Todos los cuidadores hemos sido boxeadores. La mayoría acabamos pronto porque no reuníamos condiciones y por eso tenemos los sesos para pensar.

Addison sacudió la cabeza.

—Si sus sesos le hacen recordar algo que hasta ahora no me dijo, comuniqúese conmigo.

—Desde luego, sargento. Desde luego.

Barry se marchó al Departamento.

Fred Hudson y Albert Connors ya estaban allí.

—He hablado con varias chicas compañeras de Fannie, pero ninguna de ellas aportó nada nuevo —dijo Connors.

Fred Hudson había interrogado al agente artístico Charles Morris y éste se limitó a decir que Fannie se presentó en su agencia tres meses antes y que a los dos días ya le había conseguido un empleo con el empresario del Emporium, Louis Flora. Del interrogatorio de éste se había encargado Connors, pero tampoco servía lo que le dijo. Era un hombre de unos setenta años y sólo se preocupaba de su negocio. Las chicas del espectáculo eran para él sólo un nombre, Fannie, Mary, Eunice. Llegaban y se iban. Fannie trabajaba en el coro. Era vulgar como artista, pero a pesar de sus treinta y cinco años, conservaba una bonita figura y tenía muchas tablas. Resultaba atractiva.

Por su parte, el sargento les contó sus entrevistas con Britten y Morley.

—He de hablar con el hermano —dijo después.

Minutos más tarde establecía contacto telefónico con William Stuart, en Indianápolis.

—Lo siento, señor Stuart, pero le tengo malas noticias. Fannie fue muerta esta tarde. No oyó a la otra parte la voz de Williams.

—¿Me escucha, señor Stuart?

—Sí, sargento. Le escucho. Tenía que acabar así.

—¿Por qué dice eso?

—Quería vivir su vida. Se marchó de casa cuando tenía dieciséis años. Traté de retenerla, pero eso fue imposible. No quiso atender a razones.

—¿No la volvió a ver desde que se marchó, señor Stuart?

—Vino dos veces por aquí, pero sus visitas fueron demasiado desagradables. Siento decir esto ahora que está muerta, pero es verdad… ¿Cómo ocurrió, sargento?

—La acuchillaron.

—¿Quién lo hizo?

—Todavía no lo sabemos.

—Ah, ya…

—Estamos investigando, señor Stuart. ¿Podía decirme algo que nos sirviese?

—No sabía de Fannie desde hace cinco años, la fecha de su

último viaje. Sólo permaneció aquí dos días. Se alojó en un hotel. Quiso que yo le prestase cinco mil dólares para emprender un negocio. No pude ayudarla.

—¿Qué clase de negocio iba a emprender Fannie?

—Quería quedarse en Chicago con un embarcadero. Un lugar de recreo.

—¿Sola o asociada con alguien?

—Sola.

—¿Sabe si llevó a cabo el negocio?

—No sé nada. Se marchó de aquí y dijo que jamás volvería.

—Iba a volver, señor Stuart.

—¿Cómo?

—Fannie esperaba ganar mucho dinero. Se refirió a una herencia.

—Es absurdo.

—¿Por qué?

—Tenemos un tío, pero está en la ruina.

—¿Ningún otro familiar?

—Ninguno, sargento. Fannie estuvo casada, pero se divorció. Tampoco puede ser el marido.

—¿Cuándo contrajo matrimonio?

—Dos años después de marcharse de aquí.

—¿Dónde se casó?

—En Chicago.

—¿Con quién?

—Su marido se llamaba… Espere que lo recuerde… Robinson.

—¿Qué más?

—Robinson… Henry Robinson.

—¿A qué se dedicaba Robinson?

—Tenía un bar, un club o algo así.

—¿Cuánto duró ese matrimonio?

—Fueron meses, seis o siete. Fannie me escribió una carta y me dijo que se había divorciado…

—¿Le explicó los motivos del divorcio?

—Sólo me decía que Robinson era insoportable y que ahora que era otra vez libre, las cosas iban a cambiar… Tenía grandes proyectos para convertirse en una actriz de categoría… Deseé con todas mis fuerzas que no se equivocase, aunque yo tenía muy pocas

esperanzas de que lograse el éxito.

—¿No supo a través de alguna persona, de su hermana, en los últimos cinco años?

—No, sargento. La verdad es que no me interesó saber nada de ella. Le pareceré a usted un hombre duro, sin sentimientos, pero quizá cambie de opinión si sabe que la huida de mi hermana de casa ocasionó la muerte de nuestra madre. Eso es lo que nunca he podido perdonar a Fannie.

—¿Qué hacemos con ella, señor Stuart? William tartamudeó.

—Viajaré a Nueva York, señor Addison. Yo me ocuparé del sepelio.

—De acuerdo.

—Saldré a primera hora de la mañana.

—Lo veré en el Departamento.

—Hasta pronto, sargento.

Barry colgó el teléfono y dio un suspiro.

—Estuvo casada con Henry Robinson, un fulano de Chicago. Tenía un bar o un club. Connors, encárgate de eso.

—De acuerdo, Barry.

Addison vio que el detective Martínez, un portorriqueño que trabajaba con el sargento Monty Roberts, se servía un vaso de agua y se le acercó.

—¿Cómo van las cosas con Stella Chander?

—Todo perfecto. La chica no bebió.

—El examen dijo otra cosa.

—La chica viajaba a cincuenta millas por hora.

—Era noventa millas la velocidad.

—No debió hacer bien las comprobaciones, sargento.

—De modo que Roberts arregló otra vez las cosas. Martínez se encogió de hombros.

—¿Qué esperaba, Addison?

Barry echó a andar rápidamente hacia una habitación del fondo.

Monty Roberts estaba sentado en un sillón con los pies sobre la mesa. Tenía la chaqueta abierta y mostraba la pistola que le colgaba de la axila.

—Bien venido al hogar, Addison.

Barry le pegó un manotazo a los pies apartándoselos de la mesa.

—Tú y tus sucios manejos, sargento piojoso.

—Eh, ¿qué te pasa, Barry?

—Stella Chander.

—No te quité yo el caso. Fue cosa del capitán. Protesta con él. Addison masticó las palabras.

—La chica no estaba bebida y su automóvil tampoco traspasaba la velocidad límite —hizo una pausa—. ¿Viste a los padres del muchacho en el hospital?

—Tenías que haberlos visto, Monty. Es su único hijo y puede morir. ¿Por qué? Porque a una muchacha malcriada se le ocurrió divertirse, y para ello necesita beber y correr como una loca. ¿Sabes lo que eres? Un puerco.

Roberts sonrió.

—Asistí a una conferencia de un famoso criminalista. Y, ¿sabes lo que él dijo? Que todos somos unos puercos.

—Pero los hay con cuatro patas y tú eres uno de ellos, Monty.

—Déjame en paz.

—Te voy a…

—Cuidado, Barry —lo apuntó con el dedo—. Si dices una palabra más contra mí, se lo soplaré al capitán.

—Tienes razón. Ni una palabra más.

—Así me gusta.

Barry le soltó una bofetada en pleno rostro y cuando salía se detuvo para mirar a Monty, que cerraba y abría los ojos porque los tenía llenos de lágrimas.

—Ni una palabra más, puerco.

CAPÍTULO IV

Cuando Barry entró en su apartamento, el teléfono estaba sonando. Logró alcanzar el auricular antes de que el timbre se silenciase.

—¿Quién es?

—Rock, y he llamado tres veces.

—Tengo otro caso, Rock. Mataron a una corista. Tuve que ir al Departamento y a otros sitios.

—¿Era bonita?

—Vete al infierno. ¿Qué hay de Wallace?

—Lo seguí hasta el Circo García, pero no pasó nada de particular. ¿Y sabes lo que hace ahora?

—No estoy ahí para saberlo.

—Juega al póquer con el tragasables y dos trapecistas. Están en uno de los carromatos.

¿Qué hago?

—Sigue ahí. Dentro de un par de horas serás relevado por Bert Thulin. Ya se lo advertí antes de salir del Departamento.

—¿Y si no sirviese lo de Wallace? ¿No crees que es perder el tiempo?

—Servirá.

—¿Cómo lo sabes? Y no me digas que es una corazonada.

—Wallace se dedica ahora a encubrir. Deberías saberlo, detective.

—Si estás tan seguro, ¿por qué infiernos no cogemos a Wallace y lo llevamos al cuarto de las conferencias?

—No conoces a Wallace. Podría estar tres días en ese cuarto y estaría tan tranquilo… No he conocido a un tipo como él, que aguante tanto. Es capaz de rendirnos a todos. No quiero tirar esta vez la esponja. Que no sepa que lo estamos vigilando. ¿O lo sabe ya?

—Hasta ahora no dio señales de darse cuenta.

—Ten cuidado. Es un zorro. Si sabe que estamos al acecho, tratará de desembarazarse de ti.

—No te preocupes, sargento. No me burlará. Barry colgó y se preparó una ración de *whisky*.

Se desvistió. Se puso el pijama y se acostó. No tardó en dormirse. Soñó con mujeres muertas, con cuchillos llenos de sangre, con sargentos de la policía que se reían de él.

Más tarde, el sueño fue otro. Soñó con una escultora que trabajaba en una estatua. En el fondo de la habitación estaba una joven de figura maravillosa y que sólo se cubría con una túnica que se arrollaba a sus pies, pero no podía ver su cara porque la envolvía una nube.

El reloj lo despertó a las seis. Tomó una ducha caliente y otra fría y se afeitó. Luego frió huevos con tocino e hizo café.

Estaba despachando los huevos con tocino cuando sonó el teléfono.

—Sargento, soy Bert Thulin. Relevé a Rock como dijiste. Wallace estuvo jugando al póquer hasta las tres de la mañana. Luego se fue a su carromato. Lo siento, pero se me escapó.

Barry apretó los maxilares.

—¿Cuándo te diste cuenta?

—Esta mañana. Hace cosa de quince minutos. Se me ocurrió mirar por la ventana del carromato y vi la cama vacía.

—¿Por qué no miraste antes?

—Lo vi entrar en el carro y…

—Y tú también te echaste a dormir.

—Sí, Barry. Estaba muy cansado. Verás, Elizabeth está echando el primer diente y me da unas noches terribles… Pero en cuanto coja a Wallace, le arreglaré las cuentas.

—No le vas a hacer nada. No quiero que hables siquiera con él.

—¿Y qué debo hacer?

—Vigílalo, pero hazlo mejor. Rock te relevará.

—Sí, ya me lo dijo.

Barry dejó el auricular en la horquilla y siguió despachando su desayuno. Cuando bebía la segunda taza de café, sonó de nuevo el teléfono.

—Connors, sargento.

—¿Qué lograste saber de Robinson?

—Hace veinte años tenía un club en Chicago. Se llamaba La Orquídea. Fannie Stuart actuó allí. Poco después se casaron pero el matrimonio duró muy poco tiempo.

—Todo eso ya lo sé. ¿Qué pasó con Robinson?

—Trasladó el negocio a Norman Bruce.

—¿Cuándo?

—Poco después de divorciarse de Fannie.

—Está bien. Continúa.

—No hay más.

—¿Eh?

—Eso es todo, sargento. Hablé por teléfono con Bruce, pero Robinson se hizo humo. Hasta ahora nadie ha podido decirme adonde se dirigió desde Chicago. No es culpa mía.

—Está bien, Albert. Continúa con Robinson.

—¿Y por dónde debo continuar?

—Por donde quieras. Deseo conocer la historia completa de Robinson y apenas tenemos un capítulo.

—A la orden, sargento —dijo Connors e interrumpió la conversación.

Barry fue al Departamento. El informe de la autopsia no agregó nada nuevo a lo que ya sabía de la muerte de Fannie, porque hasta la hora coincidía con la que había adelantado el doctor Marvin.

William Stuart se presentó a las ocho y media. Era un hombre alto, bien parecido.

—Señor Stuart —dijo Addison—, ¿llegó usted a conocer a Robinson, el marido de su hermana?

—No.

—¿No le mandó ella una fotografía de los dos?

—No, nunca me la envió. No sé nada salvo lo que le dije.

—Robinson traspasó su club nocturno poco después de divorciarse de su hermana, pero no tenemos más informes de él.

—Siento no poder ayudarle.

—No se preocupe. Estamos acostumbrados.

—Sargento, quisiera volver cuanto antes a mi casa. Mi esposa dará a luz dentro de unos días.

—Puede ocuparse del sepelio, señor Stuart. Nuestro trabajo con Fannie ya ha terminado.

Addison le indicó dónde debía ir para hacerse cargo del cuerpo

de Fannie y Stuart se marchó.

El portorriqueño Martínez se le acercó dando dentelladas a un bocadillo de queso.

—El teniente Gibbons quiere hablar contigo, Barry.

—¿Dónde está?

—En el archivo.

Barry entró en el archivo sin llamar.

Jack Gibbons estaba sentado tras una mesa, examinando un expediente. Era un tipo grueso, casi calvo, de ojos pequeños.

—El sargento Roberts se me ha quejado. Dice que usted le pegó, Addison.

—Se me fue la mano.

—¿Qué quiere decir con que se le fue la mano?

—La tiré hacia un lado y él puso la cara.

—¿Sugiere que fue un accidente?

—Podría llamarse así.

—No le somos simpáticos, ¿verdad?

—No, no me lo son.

—Sé lo que le pasa, sargento. Usted iba a ocupar mi lugar. Usted iba a ascender, pero los de arriba me eligieron a mí. Eso no lo ha podido soportar.

—¿Ya terminó?

—No, todavía no terminé, sargento.

—Tengo trabajo.

—¡Yo también lo tengo…! —El teniente Gibbons sonrió enseñando los dientes—. ¿O lo nuestro no merece el nombre de trabajo? ¿Qué es para usted? ¿Quizá una forma de engañar a los contribuyentes? ¿Qué es lo que se cree, sargento? ¿Un justiciero? ¿Y qué somos los demás?

—Prefiero no opinar.

—Yo sé lo que usted piensa. Conozco su opinión sin que me la diga. Para usted todos somos basura.

El teniente volvió a sonreír.

—Es el caso de Stella Chander. Le pone malo. De acuerdo, sargento. Ella es la hija de un hombre con mucha influencia en la ciudad. Ésa es una realidad que no podemos olvidar.

¿Qué fue lo que pasó? Que la chica iba conduciendo un automóvil y atropelló a un niño.

¿Sabe cuántos atropellos ocurren en el país durante un día? Son miles, sargento. Miles de ellos. ¿Qué quiere que hagamos con los conductores? ¿Los mandamos a la silla eléctrica o a la cámara de gas? ¿O es tan humano que prefiere la cárcel para ellos? ¿Cuántas cárceles necesitaríamos? ¿Cuántos reclusos habría en ellas al cabo de un par de años? Yo se lo diré, sargento. Habría más de un millón. Lo que importa es la intención de matar. Usted lo sabe. ¿Piensa acaso que Stella Chander tenía intención de matar? ¿Piensa que quería vengarse del primer niño que encontrase en su camino?

—Está diciendo cosas absurdas, teniente.

—¿Ah, sí? Son absurdas, pero lo que usted dice es muy inteligente. ¿Por qué? Porque usted ha reunido en su cabeza toda la inteligencia del Departamento de policía de la ciudad de Nueva York. Entérese, Addison. Stella Chander es una menor y, por tanto, su caso pasará al Tribunal Tutelar de Menores. No, aunque a usted no le guste, para Stella Chander no habrá silla eléctrica ni tampoco cárcel a perpetuidad. El Tribunal Tutelar de Menores juzgará su caso y ellos decidirán si Stella Chander debe ir a un correccional, o ser confiada a la custodia de sus familiares.

—Todo eso lo sé, teniente. Pero el Tribunal de Menores debe juzgar con imparcialidad y, para ello ha de conocer los hechos objetivos, tal como se produjeron. —Addison golpeó la mesa con el puño—. ¡Exactamente como se produjeron!

Los ojos de Gibbons estaban fijos en el rostro de Barry.

—Addison, se lo advierto por última vez. Ocúpese de sus asuntos. Deje en paz a los demás. Si tiene algo que alegar en contra, acuda al Comisionado. No trate de pegar a uno de mis hombres. No lo haga, o yo le ajustaré las cuentas. Y si no le gusta oír lo que está oyendo, presente su renuncia. Siempre será bien recibida. Eso es todo. Puede retirarse.

Barry dio media vuelta y mientras se encaminaba hacia la puerta cerró los ojos. Tenía deseos de golpear a Gibbons, pero continuó andando, abrió la puerta y salió del archivo.

CAPÍTULO V

Llamó al hospital donde estaba el niño y preguntó por su estado. Aún continuaba grave, pero empezaban a existir esperanzas de que lograse salvarse.

Bert llamó para anunciar que Wallace ya había regresado a su carromato. Rock se había retrasado en el relevo.

—Bert —habló el sargento—, dile a Rock que no quiero que se vuelva a perder Wallace.

—Descuida, Addison.

—Y por favor, cuando llegues a casa duerme. ¡Quiero que cuando estés vigilando lo hagas como debe hacerse!

—Sí, sargento.

Luego Barry se marchó encaminándose al restaurante de Luigi.

Preguntó por el camarero llamado Vittorio. Éste era un hombre de talla media.

—Me intereso por Spencer Morley, Vittorio.

—Es un buen cliente.

—¿Vino anoche?

—Sí, señor. Tenía combate. Ese Pop Russo parece bueno. Leí en el periódico que ganó su pelea.

—¿Cenó aquí Morley?

—Sí, señor.

—¿A qué hora llegó?

—Hacia las seis. Sólo estuvo media hora. Cenó, hizo una llamada telefónica y luego se marchó. Parecía tener prisa, pero era lógico. Pop Russo tenía que pelear contra Joe Martino.

Barry le dio las gracias y se dirigió al gimnasio del Athletic Club del Bronx. Había algunos boxeadores haciendo sus ejercicios y también estaban algunos cuidadores, pero ninguno de ellos era Spencer Morley.

Identificó al cuidador de Joe Martino porque lo había visto en el

rincón del púgil la noche anterior y se encaminó hacia él.

Después de presentarse dijo:

—¿Cuál es su nombre?

—Ralph Nenford.

—¿Boxeaba anoche algún pupilo de Spencer Morley, además de Pop Russo?

—No, sargento. Yo tenía a tres muchachos, pero Morley sólo tenía a Pop.

—¿Vio a Morley por aquí antes del combate?

—No, señor… Una media hora antes del combate entre Russo y Martino fui a la habitación de ellos para desearles suerte, como siempre hago. Algunos han olvidado esa norma de caballerosidad. Pero claro, hoy el boxeo no es el de antes. Bueno, quiero decirle que Morley no estaba. Justamente cuando iba a salir, llegó él. Dijo que se había retrasado por un embotellamiento de tráfico.

—¿Dónde puedo ver a Morley ahora?

—Está en el despacho de arriba. Me dijo que iba a hablar con Filadelfia. Tiene contratado allí el próximo combate de Russo.

Addison le dio las gracias y subió por una escalera. Abrió la primera puerta que encontró en su camino. Dentro estaba Morley, que hablaba por el teléfono.

—Eh, Sam, no me la juegue —decía—. El muchacho vale su peso en oro. Será una figura… Sí, sí, es cierto. Acordamos dos mil y los gastos, pero eso es una ridiculez. ¿No ha leído los periódicos de la mañana? Pop tumbó a Martino cuando quiso, sin esforzarse. ¿Se acuerda de lo que me dijo de la pegada de Pop? Ahora tiene dinamita en el puño derecho.

Barry entró y cerró con suavidad. Spencer lo vio y su cara hizo una mueca.

—Mil más. Sólo mil más, Sam. ¿De acuerdo? Está bien. Sabía que se pondría en razón… Conmigo siempre ha hecho bueno negocios… Hasta pronto, Sam.

Colgó y miró a Barry.

—No lo esperaba, sargento. ¿Quedó algo por aclarar?

—Mucho.

—¿A qué se refiere?

—Para que no perdamos tiempo, le diré que vengo del restaurante de Luigi y hablé con Vittorio.

Morley esbozó una sonrisa e hizo chasquear los dedos.

—Ya sé a qué se refiere, sargento.

—¿Sí?

—A mi visita a Frank Fisher. No se lo dije porque creí que no tenía importancia. Me debía quinientos pavos y fui a cobrárselos. Había quedando con él en que me pagaría ayer.

—Y estuvo lo menos tres horas con Fisher.

—Cogí un par de atascos en el tránsito.

—¿Quién es Frank Fisher?

—Otro cuidador. Está viejo y casi ciego. De vez en cuando, le ayudo. La vida debe ser así, sargento. Hay que echar una mano al que está abajo.

—No tengo nada en contra, pero estoy pensando en que ha mentido.

—¡Sargento!

—Quizá fue a ver a Fannie.

—Fui a ver a Frank Fisher y, si no me cree, pregúnteselo a él.

—Si Frank Fisher está agradecido dirá lo que usted quiera.

—¿Trata de sugerir que me preparé una coartada?

—Sí, Morley. Es exactamente lo que estoy sugiriendo.

—¡No tiene derecho a dudar de mi palabra!

—No puedo detenerlo, Morley, pero puedo dudar de su palabra. Es mi privilegio.

—Se equivoca.

—Puede que sí y puede que no. Pero si la respuesta es afirmativa no le va a servir de nada, Morley. Le daré otra oportunidad. Si quiere rectificar alguna cosa, es el momento de hacerlo.

—No voy a rectificar nada, sargento.

—Usted sabe más de Fannie de lo que dijo, Morley.

—¿Qué quiere que le diga? ¿Qué Fannie tenía una peca en el muslo derecho? Bien, ya está dicho.

—Está hablando de una muerta, Morley.

—Usted me ha obligado a decir eso. Oiga, sargento, yo me porté bien con Fannie.

—Ah, sí, la llevaba a cenar por ahí.

—Y le hice regalos.

—¿Qué me dice de Henry Robinson?

—¿Es un boxeador?

—No.

—¿Un cuidador?

—No, Morley. Probablemente no tiene nada que ver con el boxeo.

—La verdad es que no he oído hablar nunca de Henry Robinson.

—¿No se lo oyó mencionar a Fannie?

—¿Por qué había de mencionarlo ella?

—Fue su marido.

—¿De veras? Ni siquiera se refirió a que hubiese estado casada.

—Se casó con él hace diecisiete años y se divorciaron a los pocos meses de contraer matrimonio.

—No, sargento. No me dijo nada. Y si lo vuelve a dudar porque es su privilegio, lo siento por usted.

Addison dio unos pasos hacia Spencer. Se detuvo muy cerca de él.

—Morley —dijo mirándolo a los ojos—, no se meta en un lío. No se meta porque le pesará.

—Cuidado, sargento. No me amenace.

—Es sólo una advertencia.

Luego Barry dio media vuelta y salió del despacho.

El estudio de Helen estaba cerca de allí y decidió hacerle una visita. De paso, se tomaría algún tiempo para pensar. Era lo malo de su profesión, que tenía muy poco tiempo para pensar. Un caso se enredaba con otro y a veces formaban como una red. Lo importante era no dejarse atrapar en aquella red.

Oprimió el timbre.

Le abrieron la puerta. Pero no era Helen.

La identificó al instante a pesar de que en su sueño la cara de ella estaba envuelta en una nube.

Era una joven de veintiún años, morena, de ojos negros, esbelta y todo en ella era perfecto, la cintura, las caderas…

—Hola —dijo ella—. ¿Qué es lo que vende?

—Mármol.

—Helen no está, pero puede pasar. Dijo que estaría aquí en una hora y ya han pasado quince minutos.

Barry entró en el estudio.

—¿Conoce a Helen? —inquirió ella.

—Sí.

Barry se preguntó por qué hacía aquello. ¿Por qué no le había dicho a ella que era sargento detective? Al diablo con eso. Había procedido espontáneamente.

—He hecho café. ¿Quiere una taza?

—Gracias, se lo aceptaré.

—Ah, mi nombre es Olivia Perkins.

Barry se hizo el distraído mirando la estatua de Diana.

—Soy yo —la oyó decir.

—Está muy bien.

—¿A cuál de las dos se refiere? ¿A la estatua o a mí…?

—Hablaba desde un punto de vista artístico.

—Su café.

Le entregó la taza.

—¿Se dedica sólo a eso, Olivia? ¿A posar?

—Oh, no.

—¿Y qué hace?

—Estudio Arte Dramático. Helen me conoció en la escuela. Me tengo que costear mis propios estudios y Helen paga bien por posar. Es la primera vez que lo hago. Yo creía al principio que ella sería una de esas escultoras que hacen cosas raras. Ya sabe, un trozo de piedra con dos agujeros y luego ponen: «Mujer con niño».

Barry se echó a reír.

—A mí tampoco me gustan esas esculturas. Prefiero las clásicas, como la de usted, Olivia.

—Sin embargo, casi todos los amigos la consideran detestable. Imagínese, ellos hubieran preferido el trozo de piedra con los dos agujeros. Y ya me los imagino diciendo: «Olivia, qué parecida estás». ¿Sabe una cosa? El chico que más salía conmigo dejó de hacerlo.

—¿Por la estatua?

—Eso es. Por la estatua. Es pintar y me dijo en el restaurante Los Artistas que había traicionado el arte.

—¿Qué es lo que hace él? ¿Manchurrones?

—Algo así, aunque es muy avanzado.

—Vi en una película cómo uno de esos pintores modernos hacía un cuadro poniendo pintura en las ruedas de un triciclo y pasando luego por encima del lienzo. Salían unas bonitas rayas con muchas curvas.

—¿Y cuál era el título del cuadro?

—Eso no salía en la película.

—Pues Sandy sigue esa escuela. Sandy es mi amigo, el pintor. Él no utiliza el triciclo porque usa otras cosas. Una vez cogió un gato, le puso en las patas unos botines, los llenó de pintura de distintos colores y dejó que el gato se pusiese a andar por el lienzo. Salió una estupenda combinación de porquería en colores. ¿Sabe cómo se llamó?

—No tengo idea.

—«La vida es dura».

—¿Eso le puso? ¿«La vida es dura»?

—Sí.

—¿Y llegó a venderlo?

—Claro, se lo compraron por dos mil dólares.

—Demonios, es una paradoja. La vida no es tan dura para su amigo Sandy. Los dos rieron.

—¿Qué clase de mármol vende?

—¿Qué?

—Ya sabe, su mercancía.

—Oh, sí. Mármol de Dakota del Sur.

—El mejor es el de Carrara.

—Sí, eso dicen, pero el de Dakota del Sur es tan bueno como el de Carrara. Lo que pasa es que el italiano tiene fama debido a que los grandes artistas europeos hicieron su mejor obra con esa materia prima.

—Debe tener razón.

Se estaban mirando fijamente.

—Tiene usted unos ojos muy hermosos, Olivia.

—¿De veras?

—Hace tiempo que no veía unos ojos como los suyos.

—Apuesto a que lo dice siempre que ve una mujer.

—No, palabra que no.

—Claro que le comprendo. Debe halagar a los artistas, especialmente a las mujeres para colocar su mármol.

—Usted no me va a comprar nada.

—Eso es verdad.

Ella se sentó en el diván, pero él continuó de pie.

—¿Es de Nueva York, Olivia?

—No, vine aquí desde Omaha.

—¿Familia?

—Sí, tengo padres y dos hermanos.

—¿Cuándo llegó a Nueva York?

—Hace dos años.

—¿Le dieron permiso en su casa para venir sola? —Tengo una familia moderna. No pusieron inconveniente. Mi padre trabaja en el ferrocarril. ¿Es eso lo que iba a preguntar a continuación?

—Perdone.

—No tiene por qué disculparse. Barry se miró la punta de los zapatos. Ella dijo:

—Ande, continúe.

—¿El qué? —repuso Barry mirándola otra vez.

—Interrogando. Así practicará su profesión.

—¿Mi qué?

—Dije profesión, sargento.

—¿Sabe quién soy?

—Claro que lo sé. Desde el principio. Barry Addison, sargento detective.

—No nos hemos visto antes.

—No, pero ambos nos conocíamos. Usted porque vio mi estatua y yo porque Helen me habló de usted… La tiene loca.

—No me gusta hablar de mi.

—Modesto, ¿eh?

—Digamos que es así.

—Pero conmigo se mostró de una forma diferente, sargento. Quiso tomarme el pelo.

—No, no fue esa mi intención.

—Me engañó.

—Usted me dio pie para seguir la broma.

—¿Fue sólo eso? ¿Una broma?

—Soñé con usted esta noche. Ella hizo un mohín de asombro.

—¿Usted soñó conmigo?

—En mi sueño usted sólo tenía las formas que yo conocía. Su rostro no estaba muy claro.

—¿Y por qué soñó?

—No lo sé. Quizá un psiquiatra diría que porque deseaba conocerla a usted en persona.

—¿Más café?

—No, gracias.

Transcurrieron unos segundos de silencio.

—Helen dice que es usted un hombre muy duro.

—Sólo trato de cumplir con mi deber en mi profesión.

—Estoy segura de que Helen no se refería a su profesión cuando lo calificó.

—¿Ah, no?

—Era otro aspecto de usted el que ella tenía en cuenta.

En ese momento se abrió la puerta y apareció Helen cargada de paquetes.

—Barry, qué sorpresa.

—Tuve un hueco en mi tiempo y decidí hacerte una visita.

—Imagino que ya os conocéis.

—Sí, nos presentamos —asintió Barry.

Helen miró la estatua y luego a Olivia. Ahora estaba muy seria, pero forzó una sonrisa.

—Puedes marcharte, Olivia.

—¿No poso hoy?

—Lo dejaremos para mañana.

—Como tú quieras.

La joven cogió su bolso y tendió la mano a Barry.

—Tuve mucho gusto, sargento.

—Encantado, Olivia.

Cambiaron un apretón y ella se dirigió hacia la puerta. Helen había dejado sus paquetes en el diván y se volvió.

—Olivia, olvidas algo.

—¿El qué?

—Tus cinco dólares por la sesión.

—Pero no posé.

—Fue culpa mía.

Había un poco de dureza en la voz de Helen. Sacó el dinero del bolso, se acercó a Olivia y le entregó un billete de cinco dólares.

Olivia titubeó unos instantes y por último aceptó el billete.

—Gracias, Helen.

—Hasta mañana.

—¿A la misma hora?

—Sí, a la misma hora.

Olivia dirigió una última mirada a Addison y salió del apartamento. Cuándo la puerta se hubo cerrado, Helen dijo:

—¿Atractiva?

Barry se encogió de hombros.

Ella se acercó, se puso de puntillas y lo besó en la comisura de la boca.

—¿De qué habéis hablado?

—De unas cuantas cosas. Las normales cuando dos personas se conocen.

—Olivia tiene mucho desparpajo.

—Yo lo llamaría naturalidad.

Al instante Barry se arrepintió de haber dicho aquello, porque observó en los ojos de Helen una lucecilla de ira.

—¿Un *whisky*?

—No, ya tomé café.

—Conque ella te hizo los honores de la casa. Barry se encontró a disgusto.

—Debo marcharme.

—¿Ya terminó tu tiempo libre?

—Sí, te dije que vine por aquí cerca para interrogar a cierta persona.

—¿Me llevas al antro esta noche?

—No sé si podré.

—Llámame para saberlo.

—Trato hecho.

Él se fue a salir sin besarla, pero Helen lo cogió por un brazo y le ofreció sus labios. Barry la besó.

CAPÍTULO VI

El sargento entró en los billares de Alan Clark.

En la primera mesa estaba jugando un antiguo conocido suyo.

—¿Cómo estás, Tod?

El llamado Tod se estiró.

—¿Usted aquí, sargento Addison?

—Vine a dar una vuelta.

—Se conserva bien.

—Tampoco tú te puedes quejar, Tod.

—Eso es porque no he vuelto a las andadas. Vida honrada, sargento. Eso es lo que yo hago.

—Vine en busca de Leo Windor.

—No lo he visto.

—Qué raro. Él me dijo que si alguna vez lo necesitaba estaría aquí, que prácticamente éste era su hogar.

—Bueno, quizá estuve distraído y él entró en ese momento.

—Gracias, Tod. Seguiré echando un vistazo.

Barry se fue hacia el interior del salón. Conocía a algunos tipos que sólo estaban fuera de la cárcel provisionalmente. Saludó con la mano o con una sonrisa.

Al fin vio a la persona por la que había ido allí. Leo Windor se disponía a hacer una carambola. Su compañero fue el primero en ver a Barry.

—Aquí tienes al sargento Addison, Leo.

En aquel momento Leo impulsó el taco y falló la carambola. Su compañero se echó a reír.

—Gracias, policía. Leo ya iba por la carambola número cincuenta y siete, pero ahora no me ganará la partida.

Leo se acercó a Addison con el ceño fruncido.

—Eh, sargento, esas cosas se avisan. Me hizo perder cinco pavos.

—Te reembolsaré.

—No se lo he pedido.
—Te necesito, Leo.
—Hable en voz baja o me sacarán las tripas.
—Nadie sabe lo que te estoy diciendo.
—Que se cree usted eso, sargento. Aquí hay fulanos que entienden lo que uno dice por los movimientos de los labios. Ya sabe, como los sordomudos. ¿Puede esperarme dentro de quince minutos en el bar Diamond? Está tres manzanas más arriba, a la derecha.
—De acuerdo.
Leo guiñó un ojo y dijo en voz alta:
—Lo siento, sargento, pero el tipo del que me habla se largó a la Argentina hace seis meses.
—Gracias de todas formas, Leo. Puedes continuar tu partida.
Barry salió de los billares y fue al bar Diamond. Pidió un *whisky* en el mostrador y lo bebió a pequeños sorbos.
Leo llegó en el momento justo.
—Sígame. Vamos a un reservado —dijo.
El sargento fue con él hasta una pequeña habitación y se sentaron ante una mesa.
—¿De qué se trata, sargento?
—Me interesa conocer el paradero de un hombre llamado Henry Robinson. Tenía un club nocturno en Chicago. Se llamaba La Orquídea. Estuvo casado con Fannie Stuart, pero se divorciaron a los pocos meses. Poco después de eso, Henry Robinson traspasó su negocio a Norman Bruce.
—¿Es eso lo único que sabe respecto a Robinson?
—No hay más.
—¿Y qué hace la policía?
—Nos limamos las uñas en los ratos de asueto.
—No quise ofenderle, sargento. ¿De cuánto tiempo dispongo?
—Esta vez quisiera la información lo más rápidamente posible. Ya murió una persona y podrían morir más.
—¿Quién murió?
—Fannie Stuart.
Barry sacó un fajo de billetes.
—Aquí tienes los cinco dólares que te hice perder y veinticinco por los gastos.

—¿Cuánto después, sargento?

—Otros veinticinco.

—Con ustedes los policías no me voy a hacer rico.

—Pero vives sin trabajar.

—Cualquier día me pondrán la soga al cuello en un callejón. Ustedes no se dan cuenta de que es peligroso ser confidente de la policía.

Barry se apretó la nariz.

—Leo, ¿desde cuándo no te pido un favor?

—Seis meses.

—Contabilizas mal. No te he pedido nada en un año. Sabes que no me gusta trabajar con confidentes, salvo que sea imprescindible.

—Y este caso lo es.

—Sí, ya te he dicho que no tenemos nada. Barry se levantó.

—Debes darte prisa, Leo.

—Me daré toda la que pueda, sargento.

—En cuanto sepas algo, no lo conserves en el buche.

—No se preocupe, sargento. Lo llamaré. Barry se dirigió al Departamento.

Se encontró con Connors. Apenas vio su cara llegó a la conclusión de que no había sacado nada en limpio.

—Ese Robinson debió morirse, Barry.

—Enséñame el certificado de defunción.

—No lo tengo, pero seguro que murió en alguna parte. He interrogado a ocho personas y todas ellas tienen motivos para estar informados de un tipo como Robinson, que fue el dueño de un club nocturno. Ninguno sabe una palabra de él.

—Tengo a Leo trabajando.

—¿Leo Windor?

—Sí.

—Es un bocazas, Barry.

—Nos ha sacado del atolladero muchas veces.

—¿Y cuántas nos enredó en algo que no tenía nada que ver con el asunto?

—Dio informes dé buena fe.

—¿Estás seguro?

Hudson llegó en aquel momento.

—He visto a una docena de personas que tuvieron amistad con

Fannie Stuart, pero ninguna me ayudó. Fannie nunca se refirió a una futura herencia o negocio.

—Es un condenado caso, sargento —comentó Connors.

—Pero sabemos que alguien la mató y esa persona está libre. El capitán, Alex Wilder apareció en la puerta de su despacho.

—Addison.

—Sí, capitán.

—Pase. Quiero hablar con usted.

El capitán desapareció en su habitación.

Barry se echó el sombrero sobre la nuca y miró alternativamente a sus dos colaboradores. Luego, sin decir nada, sacudió la cabeza y se encaminó a la habitación del fondo.

El capitán estaba junto a la ventana mirando al patio. Tenía un humeante cigarrillo en los labios.

—¿Cómo va el caso de Fannie Stuart?

—Mal.

—¿Por qué mal?

—¿Ha leído mi informe?

—Sí, lo he leído y por eso se lo pregunto, sargento.

Barry de buena gana se hubiese reído. El capitán mostraba sumo interés por sus trabajos cuando había sido él quien le ordenó que dejase el caso de Stella Chander.

—Verá, capitán, Fannie Stuart era una recién llegada a Nueva York. No había muchas amistades. No hay duda de que vino aquí por una razón.

—¿Cuál?

—Dinero.

—¿A qué se refiere?

—Localizó en Nueva York a cierta persona que le podía proporcionar una buena cantidad de billetes.

—¿Chantaje?

—Es posible.

—¿Y a quién iba a chantajear una corista?

—En el informe digo que Fannie Stuart estuvo casada en Henry Robinson.

—Sí, sé todo eso. Se casaron, se divorciaron y él desapareció de Chicago después de traspasar el negocio… ¿Sugiere que es Henry Robinson la persona que ella vino a chantajear?

—No es seguro. Sólo probable.

—¿Ya localizó a Henry Robinson?

—No, señor.

—¿Y por qué no?

—Desapareció de Chicago sin dejar rastro.

—¿Cuántas personas siguen trabajando en este asunto?

—Connors, Hudson y yo…

—¿Qué hay de Holman, Marker y Thulin?

—Los tengo asignados en el caso de Peter Simmons.

—¿Por qué tanta gente?

—Estoy esperando que caiga Simmons de un momento a otro.

—¿Desde cuándo lo espera, sargento?

—Desde hace unas semanas.

—Son demasiados días. Tiene a varios hombres inutilizados y ni siquiera está seguro de que Peter Simmons caiga en sus manos.

—Tengo fundadas esperanzas de atraparlo.

El capitán se encaminó hacia la mesa y se sentó en el sillón. Dio una chupada a su cigarrillo y dejó escapar el humo por las ventanas de la nariz.

—Tengo la impresión de que descuida sus deberes, sargento. Barry sintió que la sangre le hervía por la venas.

—Nunca los he descuidado, capitán.

—No está obteniendo buenos resultados últimamente. ¿Qué le pasa? ¿Alguna chica?

—No, capitán.

—Se ve con una escultora de vez en cuando.

—¿Cómo?

—Ella se llama Helen Burton.

—Es cuenta mía, capitán.

—No, sargento. Lo que un policía haga en su vida privada, importa también al Departamento de Policía.

—No soy casado, capitán, y lo que yo haga en mis horas libres, no le importa a nadie.

—Ya perdió su oportunidad de ser teniente, Addison. Y usted sabe la razón. Su forma de tratar a sus compañeros y a sus superiores.

Barry estaba cada *vez* más indignado.

—Addison, ¿no ha pensado en ganarse la vida de otra forma?

—¿Me está exigiendo la renuncia, capitán?

—No.

—Entiendo, quiere que lo haga voluntariamente, como si saliese de mí mismo.

El capitán se retrepó en el sillón, dio otra chupada al cigarrillo y ahora expulsó el humo por la boca.

—¿No cree que sería conveniente para todos, sargento?

—No voy a presentar mí renuncia, capitán. Si quieren que abandone el Departamento, tendrá que echarme.

—Sabe que puedo hacerlo.

—Sí, puede hacerlo, capitán. Pero, dígame, ¿en qué motivo se basaría? Sé que usted presentará testigos de cargo, al teniente Gibbons y al sargento Roberts. Yo presentaré también media docena de muchachos que dirán otras cosas.

—Está planeando mal el asunto.

—No me deja opción.

—De acuerdo, sargento. Va a seguir en el Departamento.

—Muy amable, señor.

—No terminé, Addison. Tengo derecho a exigir resultados. Quiero que cace a Peter Simmons.

—Sí, señor.

—Quiero que descubra al asesino de Fannie Stuart.

—Sí, señor.

—Y le exijo otra cosa, sargento. Usted no se presentará como testigo en el Tribunal Tutelar de Menores contra Stella Chander.

—No seré testigo si no me llaman.

—Si lo llaman, usted alegará una causa justa que le impida comparecer.

—No, capitán. No haré tal cosa.

—¿Y qué dirá si lo llaman?

—Que Stella Chander, cuando atropelló al niño, había bebido con exceso y hacía correr su auto a noventa millas por hora.

El capitán atirantó los músculos del rostro.

—Márchese.

—Sí, señor.

—¡Salga de aquí inmediatamente!

—He dicho que ya me voy, señor. Barry se dirigió hacia la puerta.

—Addison —lo llamó el capitán.

—Diga, señor.

—Se cree un «Supermán», pero le voy a demostrar que se equivoca.

—No soy ningún «Supermán». Soy un hombre corriente —contestó Addison, y salió de la habitación.

Miró a Connors y a Hudson y comprendió que ellos sabían de qué modo se había celebrado aquella entrevista.

—¿Un ultimátum? —preguntó Connors.

—Sí.

—Para el caso de Fannie Stuart.

—Y para el de Peter Simmons.

—El capitán no tiene derecho a hacerte eso.

—Puede hacerlo.

—Habla con el Comisionado.

—No.

—¿Por qué no, infiernos?

—Nunca he sido un soplón. He dicho las cosas dalias y se acabó. El teléfono se puso a sonar.

Barry cogió el auricular.

—Sargento, soy Morley… Me estoy muriendo… Me han pegado dos tiros en la espalda.

CAPÍTULO VII

—¿Dónde está usted, Morley?

—En mi apartamento, 673, calle Este… Luego Barry oyó un golpe.

—¡Morley…! ¡Morley…!

Dejó el receptor en la horquilla.

—Balearon al cuidador de boxeo. Avisa a una ambulancia, Connors. Dio la dirección de Morley.

Hicieron el viaje en veinte minutos a pesar de que hicieron sonar la sirena. El portero de la casa salió a su encuentro.

—¿Qué pasa, señores?

—¿No oyó disparos?

—No, señor.

—Fue en el apartamento de Spencer Morley.

—Lo vi entrar hace cosa de una hora.

—Venga con nosotros, pero coja la llave.

—Sí, señor. Tengo una. Subieron a la quinta planta.

—Vamos, abra la puerta.

El portero abrió y Barry y los dos detectives entraron.

Morley estaba boca abajo junto a un diván. El teléfono colgaba de una mesita. Barry se inclinó sobre el cuidador de boxeo y le tomó el pulso.

—Está muerto —anunció.

—Mira esto, sargento —dijo Hudson.

Mostraba un almohadón en el que se veían las quemaduras producidas por la pólvora.

—Ahogó los disparos —dijo Connors.

—Se lo advertí —rezongó Barry—. Le dije que se iba a meter en un lío y no me hizo caso. Pero pensé que los hechos no se producirían tan rápidamente. Empiezo a perder facultades.

—No digas eso, Barry —repuso Connors—. No fue culpa tuya.

Addison se levantó y quedó mirando al portero.

—¿Cuál es su nombre?

—John Anderson.

—La persona que debió matar a Spencer salió de aquí hace menos de media hora. ¿Qué me puede decir de eso?

—Lo siento, sargento, pero hace media hora yo no estaba en la portería.

—¿Y adónde estaba?

—Fui a beber un trago a un bar cercano.

—Su deber era estar abajo.

—Sí, señor. Pero ¿cómo podía pensar yo que iba a entrar aquí un asesino? Barry contuvo sus deseos de increpar al portero.

Connors estaba registrando el cadáver.

—Hay una libreta de direcciones, Barry.

—Dámela.

Connors se la alargó.

Barry abrió la libreta. En la primera página estaba el nombre de Spencer Morley, su dirección y dos números telefónicos. Uno de ellos pertenecía al teléfono del apartamento y el otro al del Athletic Club de Bronx.

Addison pasó las hojas. Vio nombres de boxeadores algunos con direcciones. También había otros que debían ser de gente relacionada con el boxeo. Tenían que hacer una comprobación. Buscó la página correspondiente a la S y allí encontró el nombre de Fannie Stuart con su número telefónico. Pero justo debajo había otro que no correspondía a ningún nombre.

—Hudson, tengo trabajo para ti.

—¿Cuál es?

—Quiero saber el nombre del abonado de este teléfono.

—De acuerdo.

Le pasó la libreta a Hudson.

Addison y Connors inspeccionaron las otras habitaciones, el dormitorio, el cuarto de baño y registraron los cajones.

No encontraron nada. Desde allí oían a Hudson que estaba haciendo su trabajo de comprobación con la Compañía Telefónica.

Cuando salieron al *living*, Hudson ya había colgado.

—Tengo el nombre del abonado y la dirección, Barry. Se llama Robert Newman y vive en el número 118 de la Novena Avenida.

—Voy a hablar con el señor Newman. Abajo se encontró con el doctor Marvin.

—¿Otro cliente, sargento?

—Para el depósito.

—¿También cuchillazo?

—Dos balas.

—Vaya, al menos tengo variedad.

Barry subió al coche de la policía y lo llevó hacia la Novena Avenida.

El 118 era un edificio antiguo, una mansión. Le abrió un criado de pantalón rayado y chaqueta negra.

—Quiero ver al señor Newman.

—Lo siento, pero el señor Newman no recibe hoy.

—A mí me recibirá —contestó Barry y le mostró su credencial.

—Lo anunciaré.

El criado lo hizo pasar y cerró la puerta, yendo hacia una habitación de la derecha. Barry echó una mirada al vestíbulo.

El interior de la casa guardaba su antigua grandeza. Del techo pendía una gran araña de cristal y al fondo había una gran escalera que trazaba un armonioso arco hacia la parte superior. Todo era brillante, limpio y aseado.

El criado regresó.

—El señor Newman le ruega que pase.

Barry se quitó el sombrero y entró en una amplia habitación cuyas paredes estaban cubiertas por estanterías repletas de libros.

Un hombre alto, de unos cuarenta y cinco años, sienes blanqueadas, que se cubría con un elegante traje, le salió al encuentro.

—Celebro conocerle, señor Addison. ¿Qué le trae por aquí?

—Sólo una comprobación de rutina, señor Newman.

—Le escucho, ¿de qué se trata?

—Hace un rato asesinaron a un hombre. Newman parpadeó.

—¿Algún amigo mío?

—Tendrá que decírmelo usted. Se llamaba Morley.

—¿Morley? ¿Spencer Morley? No recuerdo. ¿Por qué ha establecido una relación entre esa persona y yo, sargento?

—Él tenía su número telefónico.

—Ya.

—¿Lo recuerda ahora?

—¿A qué se dedicaba el señor Morley?

—Era preparador de boxeadores.

—Lo siento, señor Addison. Pero no me gusta el boxeo. Nunca me he relacionado con esa gente.

—Entonces, ¿por qué cree que el señor Morley tenía su número de teléfono? Newman sonrió.

—Sargento, mi número está en la guía y, por tanto, a disposición de cualquier ciudadano.

—Pero no es corriente que cualquier ciudadano tome un número al azar y lo anote caprichosamente en su libreta.

—Sí, es cierto. Podemos considerarlo como una cosa no corriente. Pero yo no tengo ninguna explicación para eso, sargento. ¿La tiene usted?

—Tampoco.

—¿Y qué hacemos?

—¿Conoció usted a Fannie Stuart?

Newman se quedó pensativo unos segundos.

—No, sargento. Nunca oí hablar de Fannie Stuart. ¿Va a seguir diciéndome nombres que no tienen significado para mí?

—Verá, señor Newman, le dije antes que a Morley o mataron, pero antes habían matado a Fannie Stuart.

—Siento mucho que hayan cometido esos crímenes, pero continúo sin saber qué relación puedo tener con ellos. No conocía a esas personas. Nunca oí hablar de ellas.

—¿Cuál es su profesión, señor Newman?

—¿Es un interrogatorio formal, sargento?

—Oh, no, de ninguna forma.

—Soy presidente del consejo de administración de la Inmobiliaria Atlántica. Tenemos oficinas en veinte ciudades del país. Trabajamos con seis de los más importantes Bancos. Puede usted pedir informes de mí.

—Gracias, señor Newman, y perdone las molestias.

—No tiene que disculparse, sargento. Comprendo que está cumpliendo con su obligación. Espero que aclare esos crímenes y también me gustaría saber por qué Spencer Morley tenía mi número de teléfono en su libreta. ¿Me lo dirá usted?

—Se lo diré si llego a saberlo, señor Newman.

Cuando salió de la casa, Addison inspiró profundamente.

Entró en una cabina telefónica y marcó el número de la casa de Morley. Sus muchachos todavía estaban allí.

—¿Cómo os fue, Connors?

—No conseguimos nada importante. ¿Y a ti con Newman?

—No pudo explicar por qué Morley tenía su número de teléfono.

—¿Qué es?

—Un pez gordo en inversiones inmobiliarias.

—¿Qué tiene que ver eso con el boxeo, Barry?

—Nada, como él mismo dijo. Nos veremos en el Departamento.

Barry dedicó el resto del día a informarse acerca de Robert Newman. No se había equivocado. Era un magnate en el negocio de la construcción. Pero todos los informes que recibían llegaban hasta una fecha, doce años atrás.

Era de noche cuando Barry, Connors y Hudson barajaban todo cuanto tenían a su disposición de los dos casos relacionados entre sí, la muerte de Fannie Stuart y la de Spencer Morley.

—Barry —dijo Connors—, he logrado hablar con Norman Bruce, el que compró el club nocturno de Henry Robinson. Me dijo que hizo el negocio y ya no volvió a tener noticias de Robinson.

Barry estaba pensativo, examinando los informes que se referían a Newman.

—¿De dónde salió Newman cuando tenía veintiocho años?

—Estaría bueno que fuese Robinson. Sonó el teléfono y el sargento descolgó. Era Bert Thulin.

—¿Qué pasa, Bert?

—Creo que Wallace va a salir de viaje.

—¿Por qué?

—Lo vi haciendo la maleta.

—Entonces estamos llegando al fin. Ten cuidado citando aparezca Simmons. Tirará a matar.

—No te preocupes, Barry. Estaré listo.

—¿Qué hace ahora Wallace?

—Va de un lado para otro. El circo está celebrando ahora su función de la tarde. Marker está conmigo. Rock vigila el apartamento de Margaret Dawis.

—¿Ya hablaste con él?

—Sí, pero dice que allí no pasa nada.

—Vuelve a llamar. Dile de mi parte que tenga la pistola también a punto. No quiero asistir al funeral de un compañero.

Thulin soltó una risita y colgó.

—Muchachos, me voy a cenar —dijo Addison—. Seguid trabajando en lo de Newman.

Hay que saber qué hizo antes de organizar su inmobiliaria.

Barry acostumbraba a tomar sus bocados en un bar cerca al Departamento de Policía, pero esta vez montó en el coche y fue a otra parte. Al restaurante de Los Artistas.

CAPÍTULO VIII

Vio en seguida a Olivia. Estaba en compañía de dos muchachos en una mesa. Barry pasó de largo, pero sus ojos se encontraron con los de la joven.

Olivia hizo un gesto de sorpresa.

Barry hizo un saludo y siguió al fondo, donde había mesas libres. Vino en seguida una camarera y le encargó un bistec con patatas.

—Hola, sargento. Era ella.

Barry se levantó.

—¿Ya cenó, Olivia?

—No.

—Veo que está con unos amigos. En otro caso la invitaría.

—Aceptado —dijo ella, y se sentó.

Barry seguía en pie. Se pasó un dedo por debajo de la nariz y ocupó otra vez la silla.

—¿Cómo le fue su trabajo de hoy, sargento?

—No muy bien. Quizá tenga que buscar otro empleo.

—¿Bromea?

—No.

—Usted es un hombre eficiente, sargento.

—Gracias por la confianza que le merezco. Pero ciertas personas no opinan lo mismo de mí.

—Esas personas lo deben odiar.

—Somos odiados y queridos por nuestros propios actos.

—¿Shakespeare?

—No. Barry Addison. Ella se echó a reír.

—¿Y qué empleo le gustaría de no hacer el suyo?

—No tengo ni idea.

—Podría ser detective privado. Es lo más relacionado con lo que ha hecho hasta ahora.

—Ni lo piense.
—¿Por qué?
—Si acabo con los crímenes, acabo de una vez por todas.
—Sólo puedo aconsejarle el trabajo de modelo.
—¿Yo modelo? Sería divertido. ¿Cómo me ve, Olivia?
—Tiene treinta años.
—Treinta y uno.
—Tiene pelo de estopa, negro. ¿Se peina alguna vez?
—Hago que me lo corten mucho para evitar el peinado.
—Es alto, fuerte, musculoso. Sí, creo que podría servir como modelo.
—No haría eso ni por veinte dólares a la hora.
—Le queda otra solución.
—¿Cuál?
—Casarse con Helen. Barry entornó los ojos.
—¿Cree que es una buena profesión, Olivia?
—Para muchos sería la mejor de todas. Helen es una mujer rica. Gana el dinero como quiere. Y todavía es joven, hermosa, atractiva…
—Ya veo que ella le habló de eso.
—Si. Está chiflada por usted, sargento. Barry sacudió la cabeza.
—No la creo.
—¿No me cree a mí o a Helen?
—A Helen.
—¿Por qué?
—No soy ningún chiquillo, Olivia. El amor de Helen por mí es sólo un espejismo.
—No le entiendo.
—Se lo diré. Se trata de un amor puramente físico. La joven parpadeó.
—¿Cómo está tan seguro?
—Hay cosas que un hombre puede saber. Y ésta es una de ellas. La camarera trajo el bistec con patatas.
—¿Qué va a cenar, Olivia?
—Bistec con patatas.
—Entonces le pasaré el mío. Yo puedo esperar.
—No tengo apetito. Empiece a comer usted, sargento.
—¿Le puedo pedir un favor?

—Claro.

—Llámeme Barry.

—De acuerdo, Barry. Addison empezó a comer.

Olivia había cruzado los brazos sobre la mesa y miraba atentamente a Barry.

—¿Por qué vino, sargento…? Oh, perdón, Barry.

—No lo sé.

—¿No lo sabe?

Barry tragó un bocado y dijo:

—Está bien. Seguí mi impulso, una necesidad de verla a usted otra vez.

—¿Así de simple?

—Así de simple.

La camarera trajo el segundo bistec con patatas.

—¿Qué quiere de postre, Olivia?

—Un flan con nata.

—Que sean dos —dijo Barry a la camarera, y ésta se fue. Olivia comió la mitad de su carne y apartó el plato.

—¿Tuvo alguna novia, Barry?

—Sí.

—¿Cuándo?

—Hace unos seis años.

—¿Por qué no se casó con ella?

—No nos convenía a ninguno de los dos.

—¿Era bonita?

—Sí, mucho.

—¿Le dijo usted por qué no se casaba?

—Sí, se lo dije.

—¿Y cómo lo tomó?

—Me escuchó muy serena. Era muy comprensiva. Se dio cuenta de qué yo decía una gran verdad.

—¿Y qué fue de la muchacha?

—Ahora está casada y tiene cuatro hijos. Creo que es feliz.

—Pero usted no lo es.

—La verdad es que no lo noté hasta ahora. Me arreglé bien por ahí.

—Volviendo a Helen. ¿No ha pensado que tras el amor físico que ella siente por usted, podría venir el espiritual?

—Podría ocurrir, aunque yo apuesto por la respuesta negativa. Y por ello no quisiera correr el riesgo. Y ya se acabó todo lo referente al pasado de Barry Addison. Hablemos de Olivia Perkins.

—¿Qué quiere saber?

—¿Desea de verdad ser actriz?

—Antes estaba bastante segura, pero ahora me encuentro un poco desconcertada.

—¿Desde cuándo está desconcertada?

—Desde que lo he conocido a usted.

Guardaron un silencio mientras se miraban a los ojos. Los dos rieron casi al mismo tiempo. Luego quedaron otra vez serios, mirándose fijamente.

Ella dijo:

—Desde que llegué aquí hace un rato y me senté en la mesa con mis amigos, miré varias veces hacia la puerta. Veía a la gente entrar y esperaba que en cualquier momento apareciese usted. No es que fuese a ocurrir, pero yo lo deseaba.

—Me tengo que marchar ahora.

—¿Al Departamento?

—Sí, tenemos muchas cuestiones pendientes. Tiene que volver con sus amigos.

—No, ahora no. Prefiero ir sola paseando hasta casa.

—¿Vive lejos?

—No, a dos calles de aquí.

—Entonces la llevaré.

—De acuerdo.

Barry pagó el importe de la cena y los dos se dirigieron hacia la puerta. Los amigos de Olivia la miraron y ella se despidió con un saludo.

Ya en el coche, Barry sacó el paquete de cigarrillos.

—¿Quiere uno?

—Sí.

Encendió dos y le dio uno a Olivia.

La joven apoyó la cabeza en el respaldo.

Los dos fumaron en silencio. Barry tenía los ojos fijos en el frente mientras conducía.

—Es ahí —dijo ella—, a la izquierda. Barry detuvo el auto.

Olivia aplastó la punta del cigarrillo en el cenicero y quedóse

mirando la cara de Barry.

—¿Nos veremos pronto?

—Sí.

—Vivo allí, la puerta al lado del buzón de Correos. Barry miró el portal y sacudió la cabeza.

—También tengo teléfono —agregó Olivia, y le dio el número. Él también asintió.

—¿No lo apunta, Barry?

—No hace falta.

—Claro, es policía y se supone que puede retener un número telefónico.

—Sólo retengo lo que me interesa. Hubo otra pausa.

Barry se inclinó sobre ella y la besó en los labios con suavidad. Olivia parpadeó.

—Adiós, Barry.

Addison emitió un gruñido y ella bajó del coche. Olivia corrió hacia la casa. Barry no puso el vehículo en marcha hasta que ella hubo desaparecido.

Cuando entró en el Departamento de Policía, Hudson le dijo:

—Llamó Leo Windor.

—¿Cuándo?

—Hace cinco minutos.

—¿Qué dijo?

—Nada. Preguntó por ti. Traté de sacarle algo, pero dijo que sólo hablaría con el sargento Addison. Volverá a llamar dentro de unos minutos.

Barry esperó de pie junto al teléfono. Sonó el timbre y descolgó.

—Sargento Addison. —Dijo.

—Soy Leo, sargento.

—Adelante, Leo. ¿Qué pasa?

—Di con Henry Robinson.

CAPÍTULO IX

—Buen trabajo, Leo.

—Me costó mucho.

—Ya lo supongo.

Barry tenía que ser generoso con el confidente, aun cuando su trabajo hubiese sido fácil.

—Me gasté el dinero que me dio, sargento, y todavía tuve que poner de mi bolsillo cincuenta dólares.

—Está bien, Leo. Lo recuperarás toda. Anda, dime, ¿dónde está Henry Robinson?

—Usted nunca lo encontraría.

—Por eso recurrí a ti.

—Y hay una razón, para que no lo pudiese encontrar, sargento.

—¿Cuál?

—Ya no se llama Henry Robinson.

—¿Y cuál es su nombre ahora?

—Donald Gaylord.

—¿Dónde lo puedo encontrar?

—Tiene que darme mi dinero antes. Cien «cocos».

—De acuerdo, Leo. Lo tendrás. ¿Dónde está Donald Gaylord?

—Venga donde yo estoy con los cien «cocos» y se lo diré, sargento.

—Bien, Leo.

—En la esquina entre la Octava y la 67, pero cuando venga ya no estaré dentro de la cabina. Me arrimaré a la pared.

—Llegaré en unos minutos. Barry colgó.

—Vamos, muchachos.

Hudson y Connors se fueron con él. Pero esta vez Barry dejó conducir a Connors. En el camino, Addison informó a sus compañeros.

Al llegar a la esquina de la Octava con la 67, Connors detuvo el

coche. Barry saltó.

Leo Windor estaba sumergido en la oscuridad, junto a la pared, como había anunciado.

—Hola, sargento. ¿Trae el dinero?

—Sí.

Barry sacó los cien dólares y se los entregó.

—Habla, Leo. ¿Dónde está Robinson?

—En el 368 de la calle Séptima.

—Vienes con nosotros.

—¿Para qué? No le hago falta.

—He dicho que vienes con nosotros.

—¿Lo ve, sargento? No se puede colaborar con ustedes. Siempre están pidiendo algo.

—No puedo pagarte los cien «cocos» y llegar para encontrarme con que no hay nadie.

Y luego tú me dirás: «Gaylord se marchó». Ni siquiera sé que existe el tal Gaylord.

—Usted se va a condenar por descreído, sargento.

—Muy bueno el chiste, Leo —dijo Barry y lo cogió de un brazo empujándolo hacia el coche.

Connors arrancó otra vez.

El edificio donde vivía Donald Gaylord era lujoso, con un amplio vestíbulo. A cada lado había plantas tropicales.

Un alto portero galoneado arrugó el ceño al ver a los cuatro hombres. Barry enseñó su credencial.

—Queremos ver a Donald Gaylord.

—Apartamento 109, decimosegunda planta. Subieron en el ascensor.

Barry oprimió el timbre del apartamento 109. No le abrieron. Llamó otra vez, pero tampoco obtuvo resultado. Entonces Barry dirigió una mirada a Hudson y éste sacó una llave maestra. Abrió con ésta.

El *living* estaba costosamente amueblado, pero allí no había nadie.

Barry entró en el dormitorio y vio a un hombre tendido en la cama, los ojos abiertos, fijos en el techo.

Se inclinó sobre él y le tomó el pulso. Connors entró en aquel momento.

—¿Muerto?

—Sí.

Barry se volvió hacia la mesilla de noche. Había un tubo de somnífero. Sólo quedaban dos pastillas y también había una carta. Barry la leyó en voz alta: «No puedo soportarlo más. Mi verdadero nombre es Henry Robinson. Estuve casado en Chicago con Fannie Stuart, pero me divorcié de ella muy pronto. Dos años más tarde me metí en negocios en San Louis con el nombre de Donald Gaylord. Fui detenido como drogadicto. Al salir de la cárcel vine a Nueva York. Me dediqué a lo que ya conocía. A vender drogas. Fannie Stuart reapareció en mi vida hace unas semanas. Estaba enterada de todo lo mío y quiso chantajearme. No quería tener una sanguijuela sobre mi vida y la maté, pero mi conciencia no me ha dejado vivir desde entonces. He soñado durante varias noches con ella. Estoy viviendo un infierno y he decidido acabar de una vez por todas».

Luego estaba la firma de Donald Gaylord. Barry habló a Connors:

—Quiero ver sus brazos.

Connors manejó el cadáver subiéndole las mangas.

—Tiene pinchazos en los dos brazos, Barry.

—Sí, ya lo veo. Está lleno de marcas.

Barry caminó hacia Leo, que se había quedado en el hueco de la puerta y miraba el cadáver con aburrimiento.

—Leo, es tú turno.

—¿Qué dice, sargento?

—Ya lo sabes. ¿Cómo llegaste hasta él?

—Usted conoce las reglas. No puedo hablar de mis fuentes de información.

—Esta vez vas a poder.

—¿Por qué, sargento?

—Porque lo digo yo.

—He oído lo que dice la carta, señor Addison. Al tipo le asqueó haber matado a su mujer y decidió acabar de una vez.

—Eso ya lo leí. No te pregunté por la muerte de Donald Gaylord, sino por la forma en que llegaste hasta aquí. Lo vas a soltar aunque tenga que apretarte él cuello.

—¿Haría eso?

—Lo haría, Leo. No lo dudes.

—Me valí de varias personas. Es lo que siempre hago. Me intereso por un tipo y utilizo mi red. Unas veces me sale bien y otras me sale mal. Esta vez salió bien gracias a otro drogadicto. No quiero que le hagan nada. Si ustedes lo detuviesen, yo ya no podría hacer otro favor a la policía.

—¿Quién, Leo?

—Edgar Waever.

—¿Dónde está?

—¿Para qué?

—Dime dónde está. Tengo que hablar con él.

—Pero no es necesario.

—¿Crees que voy a admitir sólo tu palabra? ¡Escúpelo! Leo dio un suspiro.

—Lo encontrará en una lancha junto al río, doscientos metros más allá del almacén de abonos Sullivan pero por favor no me lleve allí.

—Tienes que venir.

—Me va a desacreditar.

—Lo siento, pero es necesario. Muchachos, ocuparos de todo.

Barry y Leo viajaron en el auto hasta más allá del almacén de abonos Sullivan.

En la orilla había muchas lanchas, la mayoría de las cuales eran también utilizadas como viviendas.

De alguna de las lanchas se escapaba música.

—En ésa. La que se llama *María* —dijo Leo. Entraron en la lancha y Barry abrió la puerta.

Un hombre estaba tendido en un camastro. En una silla había una botella de *whisky* por la mitad.

El hombre puso los pies en el suelo. Tenía la barba crecida de tres días por lo menos.

—¿Qué haces aquí, Leo? —rezongó.

—No tuve más remedio que venir. Es el sargento Barry Addison.

—Maldita seas, Leo. Acordamos que no me mezclarías. Barry sacudió la cabeza.

—Ya estás mezclado, Edgar.

—¿Y por qué?

—Porque murió un hombre.

—¿Quién murió?

—Donald Gaylord.

Edgar miró a Leo y le gritó:

—¡Eres un puerco, Leo! Me dijiste que no pasaría nada si te daba el soplo.

—Será mejor que colabores, Edgar —dijo Barry.

—¿Por qué he de colaborar?

—Porque te puedo detener.

—De todas formas, me detendrá.

—Quizá no sea necesario.

—Ustedes siempre buscan un desgraciado para que pague por lo que otros hacen.

—No soy de esa clase. ¿Cómo supiste que Donald Gaylord era Henry Robinson?

—No hablaré. Quiero un abogado.

Barry le cogió el brazo y se lo llevó a la espalda. Edgar pegó un chillido.

—Que me rompe el hueso, sargento.

Barry le subió la manga y le vio las marcas de la hipodérmica.

—Tengo suficiente para llevarte al agujero, Edgar.

—Está bien. Hablaré.

—Empieza, pero te conviene decir la verdad.

—Donald Gaylord era mi contacto. Hace algún tiempo nos hicimos amigos. Me invitó a una fiesta. Todos eran como nosotros, mujeres y hombres… Fue sensacional, de lo mejor que me ha pagado en mi vida, y Donald, después de la fiesta, se vino conmigo. Los dos estábamos en órbita. Nos pinchamos también antes de salir, y entonces Donald me contó su vida. Se había llamado Henry Robinson antes, en Chicago, donde había tenido un club nocturno. Fue entonces cuando empezó a pincharse. Lo agarraron en San Louis donde ya se llamaba Gaylord y estuvo a la sombra durante algún tiempo. Cuando salió se vino a Nueva York. Eso es todo. Ya lo sabe.

—Hay algunas cosas que aclarar.

—¿A qué se refiere?

—¿Para quién trabajaba Donald Gaylord?

—No, lo sé.

—¿Para quién trabajaba?

—¿Cree usted que él me lo iba a decir?

—Te hiciste amigo de él. Fuisteis a una fiesta juntos. Te contó su vida.

—Pero no me podía contar algo tan importante para su seguridad. No, eso no, sargento. Y yo tampoco se lo pregunté. En el negocio de Gaylord saber mucho puede significar la muerte. Le juro que no sé para quién trabajaba. Y a mí me interesaba saberlo. No me importaba en absoluto, sargento. Yo no soy policía.

—¿De dónde sacas el dinero?

—Compro y vendo.

—¿Qué cosas?

—Cualquier mercancía. Eh, no vaya a pensar que también vendo drogas. No, eso no, y le desafío a que encuentre a alguien que le diga lo contrario.

Barry lo soltó de un empellón.

—¿Me va a detener, sargento?

—No, pero no quiero que salgas de la ciudad.

—No se preocupe. No saldré.

Barry abandonó la lancha con Leo. Edgar salió a cubierta y gritó:

—¡Leo, olvídate de que existo…! ¡No quiero saber nada de ti…! ¡Soplón…! ¡Rata asquerosa!

Cuando se metieron en el coche y éste echó a correr, Leo dijo:

—¿Lo ve, sargento? Arruinó mi negocio. Edgar dirá por ahí que soy un maldito traidor. Tendré que emigrar.

—No emigrarás hasta que esto acabe.

—Ya acabó, sargento.

—No para mí.

—Eh, sargento, ¿no quería encontrar al asesino de Fannie Stuart? Ahí lo tiene, en ese edificio tan lujoso. Aunque llegó demasiado tarde, cuando él decidió largarse también al otro barrio.

CAPÍTULO X

Estaban otra vez en el Departamento de Policía.

—Barry —dijo Hudson—, ya puedes presentar el caso completo ante el capitán.

—¿Tú crees?

—Está claro. Fannie Stuart dio con su antiguo marido y lo encontró en un buen negocio. Ella creyó que tenía un pozo de petróleo. Henry Robinson se había cambiado el nombre y era un traficante de drogas. Decidió chantajearlo.

—Hay algo que no encaja.

—¿Qué cosa?

—La muerte de Henry Robinson, alias Donald Gaylord.

—¿Qué tienes en la mente?

—No es lógico que Donald decidiese acabar con su vida.

—En pensó que daríamos con él muy pronto. Había confesado su verdadera identidad a Edgar Waever. Ése fue su fallo. Robinson imaginó que sólo era cuestión de tiempo que lo atrapásemos.

—Pero no fue por eso por lo que él escribió la carta, Hudson. No dijo que tenía miedo de caer en manos de la policía. Se refirió a que su conciencia le remordía por haber dado muerte a Fannie. Y eso es lo que me cuesta trabajo creer.

—Todo el mundo tiene derecho a arrepentirse de sus malas acciones. Y un drogadicto pasa por momentos de crisis. Lo sabes tan bien como yo, Barry.

—Según tú, en una de esas crisis, Robinson llegó a la conclusión de que era preferible acabar con todo.

—Sí, así debieron pasar las cosas.

—Olvidas que él tenía a mano la forma de acabar con esa crisis. Tú mismo encontraste en su armario unas raciones de heroína. Pudo pegarse el jeringazo si estaba en crisis. Eso es lo normal en un drogadicto.

—Tenía un pinchazo reciente.

—Y por lo tanto echa abajo tu teoría de la crisis. No, Hudson, Henry Robinson no decidió acabar con su vida porque lo viese todo negro. Después de un pinchazo, un drogadicto lo ve todo de color de rosa.

—Según tú, lo mataron.

—Pudo ocurrir.

—Lo prepararon para nosotros.

—¿Por qué no?

—Demasiado complicado.

—Nos pagan para que resolvamos casos complicados.

—Pero también debemos resolver los sencillos. El teléfono sonó y Hudson cogió el auricular.

—¿Sí…? Ah, hola, Thulin… Sí, aquí está… Ahora se pone. Le pasó el auricular a Barry.

—Habla, Thulin.

—Será mejor que vengas al circo, sargento. Creo que… que se van a producir novedades de un momento a otro. Wallace está muy nervioso en su carromato yendo de un lado a otro, como uno de los osos que hay por aquí.

—Voy para allá. —Barry colgó—. Muchachos, seguid con lo de Henry Robinson. Quiero saber todo lo que ha hecho en Nueva York.

Connors y Hudson asintieron.

Al llegar al circo Barry, Richard Marker le salió al encuentro.

—He hablado con Rock hace un rato, Margaret salió a comprar al supermercado.

—Puede ser una trampa. Compra en el supermercado para dar la impresión de que va a seguir en su apartamento durante muchos días. ¿Qué pasa aquí?

—Thulin cree que Wallace está preparando algo.

—Vamos con él.

Thulin estaba haciendo su guardia en la oscuridad. Ya había terminado la función del circo.

Después del saludo, Thulin señaló un carromato.

—Es ahí donde está Wallace.

—¿Hay alguien con él ahora?

—Sólo un payaso. Terminó la función y se metió allí.

—¿Cuánto tiempo llevan juntos?

—Una media hora.

Barry echó a andar hacia el carromato.

—Estad preparados.

Barry subió la pequeña escalera y llamó a la puerta del carro. Le abrió Wallace.

—¿Qué hace aquí, sargento?

—Es una visita de cortesía.

Barry vio al payaso que estaba al fondo, delante de una mesa.

—Estaba jugando una partida de naipes con el señor Hamilton —explicó Wallace—. Es uno de los payasos del circo.

Barry entró en el carromato. Hamilton se levantó.

—Me voy, Harry.

—No hace falta que lo haga. Voy a terminar en seguida —dijo Barry. El payaso titubeó y por fin volvió a ocupar la silla.

Wallace cruzó los brazos.

—¿Qué quiere, sargento?

—Disculparme.

—¿Disculparse?

—Hemos tenido noticias de Peter Simmons.

—¿Y qué te dijeron?

—Que se marchó a México hace un par de semanas.

—Qué pena para usted.

—Sí, Wallace. Ha sido una verdadera pena, pero hay que saber perder.

—Le advertí que yo no tenía nada que ver con Peter Simmons.

—Disculpa que dudase de ti. Ahora sé que estás haciendo un trabajo honrado.

—Y además me gusta, sargento. De pequeño no me perdía una función de circo. Ya lo ve, a mis años he logrado mi empleo favorito.

—Habría sido malo para ti ayudar a un ladrón y asesino. Peter Simmons jugó mal esta vez sus naipes —al mismo tiempo que decía eso, Barry tenía fijos los ojos en los naipes que había sobre su mesa.

El payaso tenía las manos sobre su dinero.

—¿Lleva mucho tiempo en el circo, señor Hamilton? —preguntó Barry.

—Sí, unos años.

—¿No le resulta molesto toda esa pintura en la cara?

—Estoy acostumbrado.

—Pero ya terminó la función de la tarde. El payaso estaba ahora rígido.

Wallace habló rápidamente:

—Vamos a hacer una función para nosotros. Ya sabe, sargento. Una cena de compañeros, y luego cada uno hará su número. Esto es cosa corriente en el circo. Lo hacemos muchas veces.

—¿Te vas de viaje, Wallace?

—¿Por qué dice, eso?

—Veo allí una maleta, debajo de la cama.

—Oh, no, sargento; La maleta está vacía.

—Enséñamela.

—¿Qué?

—Que me la enseñes.

—Sargento, usted dijo que venía a disculparse porque dudó de mi palabra.

—Quiero ver el contenido de la maleta, Wallace. Harry hizo un gesto afirmativo.

—Como usted quiera, sargento.

Barry fue hacia el camastro. Antes de llegar estaba la mesa ante la que se sentaba Hamilton.

Barry empezó a inclinarse y de pronto el payaso pegó un salto.

Addison estaba revolviéndose y al mismo tiempo descargaba todo su peso en el pie derecho. Eso impidió que Hamilton lo cazase con la cachiporra.

Luego Barry le propinó un tremendo derechazo contra el maxilar. El payaso arrolló la mesa volcándola en el suelo.

Barry se echó sobre él y le puso las manos en el cuello. Hamilton gritó:

—¡Ayúdame, Wallace!

Pero Barry hizo un movimiento rápido y sacó la pistola de la funda.

—No des un paso, Wallace.

—Estoy quieto, sargento.

Thulin y Marker entraron en el carromato con el arma en la mano.

—¿Qué pasó, sargento? —preguntó Thulin.

—Ya tenemos a Peter Simmons. Thulin miró al payaso.

—¿Él?

—Sí, el botín del asalto está en la maleta. Compruébalo.

Thulin pasó por delante de Barry y sacó la maleta de debajo del camastro. La puso sobre éste y la abrió. Lanzó un silbido al ver en el fondo los fajos de billetes.

—Sí, Barry. No te equivocaste. Aquí está el botín y apuesto a que no falta nada. Peter Simmons, alias Hamilton, gritó:

—¡Sargento, hay para todos!

—¿De veras?

—Son cien mil dólares. Mitad y mitad.

—¿Con quién crees que estás hablando, Peter?

—Con policías que también necesitan vivir.

—Tenemos un sueldo.

—¿Cree que no lo sé? Pero no les basta. Vamos, sargento Addison, no se haga el santo.

A usted también le gusta que lo unten.

Barry le soltó una bofetada.

—No lo vuelvas a decir, Peter.

—¿Qué es lo que quiere decir? ¿Todo el botín? ¡No lo tendrá!

—Nadie va a coger un centavo de esa maleta.

—No espere que me lo crea.

—Ibas a salir de viaje con Margaret. ¿Qué tenía que hacer ella?

—Le di orden de que se desprendiese de su vigilante. Teníamos que encontrarnos en cierto lugar del puerto. Pero no era México mi lugar de destino, sino Brasil, polizonte.

—Da lo mismo. Tampoco te vas a ir a Brasil. Responderás por un robo y por un asesinato.

—¡Maté a Eddie Sayer en defensa propia!

—Cuéntaselo a tu abogado.

—Le juro que me la quiso jugar el muy puerco.

—Arriba. Peter. Nos vamos. Tú también vienes con nosotros, Wallace.

—¿Yo para qué? ¡No he hecho nada!

—Estabas dando protección a un fugitivo de la justicia y no lo hacías gratuitamente.

—Maldita sea —dijo Wallace—. Tengo ya lo que deseaba. Trabajo en un circo.

—Que te guarden el puesto para cuando salgas.

CAPÍTULO XI

Barry Addison estaba durmiendo en su apartamento. Lo despertó el timbre del despertador.

Sólo había dormido unas horas porque quiso interrogar personalmente a Peter Simmons y hacer el informe.

Tomó una ducha, se afeitó y preparó su desayuno. Sonó el teléfono.

—Buenos días, Barry.

—Hola, Olivia.

—¿Soñaste conmigo esta noche? —lo tuteó ella.

—No.

—¿Y con quién soñaste? ¿Con Helen quizá?

—No, tampoco. La verdad es que no lo recuerdo. Quedé como un tronco cuando me eché en la cama.

—Yo en cambio soñé contigo. Barry bebió un trago de café.

—¿Qué fue lo que soñaste?

—Menos mal que al fin lo preguntaste. Que estaba en plena función. Yo hacía de Julieta.

—Y yo de Romeo. Olivia se echó a reír.

—No, no eras Romeo. Ese papel lo hacía un amigo. Uno de los que estaban conmigo anoche, cuando tú llegaste al restaurante. Se llama Jean y es francés. Él y yo nos íbamos a besar cuando un espectador de la primera fila de butacas se ponía a interrumpir dando gritos. Y ése eras tú… Entonces aparecía el empresario y me despedía. Pero cuando salía del teatro, tú no estabas esperándome en la calle.

—¿Y quién te esperaba?

—Nadie.

—Lo siento.

—Yo corría por la calle desierta gritando tu nombre, pero seguías sin aparecer.

—¿Y luego?

—Luego desperté. ¿Qué vas, a hacer hoy, Barry?

—Lo de siempre. Iré al Departamento y trabajaré.

—¿De verdad te gusta tu trabajo?

—Sí, mucho.

—Yo iré a posar con Helen. ¿Me invitas a almorzar?

—No sé si podré.

—Estaré aquí hasta las nueve y media y luego en casa de Helen.

—Te llamaré.

—Hasta luego, Barry.

Barry colgó y encendió un cigarrillo.

Pensó en Helen y en Olivia. Pero luego apartó a las dos de su mente porque se le estaba haciendo tarde.

Al llegar se encontró con Bert Thulin.

—¿No es demasiado pronto para ti, Bert?

—Esta noche apenas pegué ojo. La niña sigue con su diente. De modo que decidí venirme.

—Vuelve a casa y échate a dormir. Es una orden.

—¿No me necesitas?

—No.

—Me iré. La verdad es que estoy hecho polvo. Barry lo cogió por un brazo.

—Hiciste un buen trabajo con Wallace. Sirvió de mucho que vieses la maleta.

—Menos mal que rectifiqué mi error. Thulin se marchó.

Poco después entró Fred Hudson, que traía un clavel en el ojal.

Barry sabía que Hudson se dedicaba al cultivo de claveles desde hacía algunos meses.

—Mira la primera muestra de lo que puede hacer un hombre de la ciudad con la madre Naturaleza.

—Es bonito.

—¿Solamente bonito? Es el clavel más precioso que hay en Nueva York. Los voy a presentar a un concurso y ya puedes estar seguro de que me llevaré uno de los primeros premios.

Entró un hombre pequeño.

—¿Sargento Addison?

—Sí, soy yo.

El hombre pequeño se adelantó a Barry y le entregó un papel.

Barry sabía lo que era. Una orden de comparecencia en el Tribunal Tutelar de Menores.

—Se traía de una sesión preliminar, señor Addison. Empezará a las diez.

—Estaré allí.

—¿Quiere firmarme?

—Desde luego.

El hombre pequeño se marchó y Hudson dijo:

—¿Vas a comparecer?

—Es mi obligación como policía y ciudadano.

—¿Qué vas a decir?

—No te metas en mis cosas.

Addison marcó el número del hospital y preguntó por la enfermera jefe.

—Señorita Taylor… Soy el sargento Addison. Quiero saber cómo se encuentra el niño.

—Le tengo buenas noticias. Está fuera de peligro. Addison dio un suspiro de alivio.

—¿Será un muchacho normal?

—Completamente normal. Ahora sólo tiene la pierna derecha fracturada… Pero dentro de un par de meses podrá estar corriendo con sus compañeros.

—Gracias, señorita Taylor.

Cuando hubo colgado, Hudson dijo:

—Vas a cavar tu fosa, sargento.

—Olvídate de eso y háblame de Henry Robinson.

—Ya hemos hecho las comprobaciones y las piezas encajan. Cuando fue detenido en San Louis se llamaba Donald Gaylor.

—¿Qué dicen los de la Brigada de Represión del Vicio?

—No tienen noticias de él. Connors entró diciendo:

—Estuve hablando con el teniente Colman y se puso muy triste cuando le hablé de Donald Gaylor. No lo tiene fichado. Gaylor tenía una buena tapadera.

—¿Qué clase de tapadera?

—Agente vendedor de una fábrica de cemento.

—¿Cómo se llama la fábrica?

—Acrópolis.

Barry cogió uno de los informes de Newman.

—Aquí está —dijo—, es una de las firmas de Newman, asociada con la Inmobiliaria Atlántica. Eso establece una relación entre Newman y Gaylor.

—Podría ser una casualidad.

—Cada día creo menos en el azar.

—Entonces ya tenemos otro avispero.

—Pues prepara la careta y los guantes porque nos vamos a meter en él.

—No lo he dudado un momento, sargento.

—Tengo que estar en el Tribunal Tutelar de Menores a las diez, de modo que me voy a ir a investigar a la Acrópolis. Vosotros seguid investigando a Newman.

—¿Y por dónde empezamos?

—Por donde queráis.

Barry se dirigió hacia la puerta, pero antes de salir se volvió.

—Quiero que Holman y Marker trabajen con vosotros. Llamaré cuando pueda.

La firma dedicada al cemento Acrópolis ocupaba una planta de un moderno edificio. Una hermosa recepcionista rubia dio la bienvenida a Barry y éste la sorprendió mostrándole su credencial.

—Quisiera hablar con el gerente.

—Veré si el señor Bowles le puede recibir.

—Hágame ese favor.

La rubia dio media vuelta y se marchó moviendo mucho las caderas. Regresó al cabo de unos minutos.

—El señor Bowles lo recibirá, sargento.

—Gracias.

Bowles era un hombre de unos cincuenta años. Estaba sentado tras de una mesa y se levantó para estrechar la mano de Addison.

—Siéntese, sargento.

Barry ocupó un sillón de cuero rojo y cruzó las piernas.

—¿Qué puedo hacer por usted? —preguntó Bowles.

—Uno de sus empleados, Donald Gaylor, se suicidó ayer.

—No comprendo.

—Sí, señor Bowles. Nosotros nos ocupamos de su caso. Bowles parpadeó y luego esbozó una sonrisa.

—Gaylor no me suena. Pero eso es lógico. Tenemos muchos empleados. Si me permite, lo comprobaré.

—Puede comprobarlo.

Bowles puso en funcionamiento un interfono.

—Señor Miller.

—Diga, señor Bowles.

—Quiero saber de uno de nuestros empleados. Donald Gaylor.

—Un momento, señor Bowles.

Transcurrieron unos segundos y al fin se oyó otra vez la voz de Miller.

—Señor Bowles, el señor Gaylor estuvo empleado con nosotros, pero sólo por seis meses. Causó baja hace cosa de un año y medio.

—¿Está seguro, señor Miller?

—Absolutamente.

—¿Cómo se produjo la baja?

—Por renuncia del señor Gaylor.

—¿Cuántas operaciones hizo con nosotros?

—Realizó exactamente cuatro ventas. El índice estaba fijado en diez. No hizo mucho por nosotros. Su renuncia fue aceptada inmediatamente.

—Gracias, señor Miller.

Bowles cerró el interfono y sonrió a Barry.

—Ya ha oído.

—Sí, señor Bowles. Addison se levantó.

—Gracias por haber colaborado con nosotros, señor Bowles.

—Fue un placer, sargento. Se lo aseguro.

Bowles dio la vuelta a la mesa y acompañó a Barry hasta la puerta.

—Ah, sargento, ¿cómo murió Gaylor?

—Ingirió demasiadas pastillas de somnífero.

—Es terrible el abuso que se hace de los somníferos.

—Sí, señor Bowles, pero también se abusa de otras cosas. Buenos días.

CAPÍTULO XII

Presidía el juez Víctor Lander, quien habló:

—Debo anunciar a las partes, que aquí no se celebra ningún juicio. Sólo se trata de una sesión preliminar para establecer la custodia de la señorita Stella Chander. De un lado tenemos al representante del Estado de Nueva York, a quien alega sus razones para que la señorita Chander sea internada por espacio no menor de un año en una institución para menores, en la que se cuidará física y mentalmente de ella. De otra parte, tenemos a la familia de la señorita Chander, representada por el abogado señor Grossman, quien alega que la señorita Chander debe ser custodiada por su familia, concretamente por su padre David Chander, por creer que el señor Chander se encuentra en mejores condiciones que, una institución del Estado para atender física y mentalmente a su hija. Concedo la palabra a la representante del Estado de Nueva York, la inspectora de Instituciones Tutelares de Menores, señorita Katia Hubert.

La señorita Hubert se levantó. Era una mujer de unos cuarenta años, alta, bien formada, femenina.

—Su Señoría, creo que el hecho de que Stella Chander pueda ser custodiada por nosotros o por sus padres debe ser una consecuencia de sus actos. Si nosotros demostramos peligrosidad social en la conducta de Stella Chander, no dudamos que la decisión de su señoría será favorable a nuestras pretensiones. La señorita Chander ha estado hasta ahora bajo la protección de su familia y, por lo tanto, sus padres, en caso de que se haya producido esa peligrosidad social, no han podido hacer frente a ella.

—Protesto, Su Señoría —dijo Charles Grossman un hombre grueso, de unos cincuenta años—. La representante del Estado de Nueva York ha hecho caso omiso de la advertencia de Su Señoría, por cuanto plantea este debate como un juicio.

—Rechazo la protesta del abogado —contestó el juez Lander—. El hecho de establecer la peligrosidad social de la señorita Chander no significa de ningún modo que estemos celebrando un juicio. Puede continuar, señorita Hubert.

—Llamo como testigo al sargento de la policía Barry Addison. Barry se encontraba sentado en uno de los bancos y se levantó.

Stella Chander, al lado de su abogado Grossman, le dirigió una sonrisita.

Barry ocupó la silla de los testigos y, después del juramento, la señorita Hubert dijo:

—La tarde del 14 pasado, a las siete y media de la tarde, la señorita Stella Chander circulando en un coche «Jaguar», atropelló en la Avenida Polisade al niño Bill Harris, de siete años. ¿Qué puede decirnos de eso, sargento?

—Atendí el caso acompañado por los detectives Fred Hudson y Albert Connors. Cuando nosotros llegamos, un coche patrulla ya estaba en el lugar del accidente. Una ambulancia se había llevado al niño. El patrullero Irving Pager había sometido a la señorita Chander a la prueba del alcohol.

—¿Con qué resultado?

—Positivo.

—¿Hicieron la comprobación de la velocidad del coche «Jaguar» tripulado por la señorita Chander?

—Desde luego.

—¿A qué velocidad viajaba?

—Noventa millas por hora.

—¿Cómo la establecieron?

—Se verificó por el frenado, o sea las huellas dejadas por los neumáticos. También hubo testigos. Dos.

Grossman levantó la voz.

—Su Señoría, no tengo más remedio que protestar.

—¿Por qué abogado?

—El padre de la señorita Chander sometió a su hija voluntariamente a la prueba del alcohol, concretamente a la de la sangre, y dio resultado absolutamente negativo. Dicha prueba se realizó en el hospital de San José. Aquí tengo el certificado correspondiente firmado por los doctores Hearts y Malcon. En cuanto a la velocidad, los dos testigos a que hace referencia el

sargento Addison no han comparecido, y me permito recordar a Su Señoría que la prueba del frenado ha demostrado en muchas ocasiones ser imperfecta, por cuanto se presta a consecuencias engañosas, si tenemos en cuenta el desgaste de los neumáticos y el estado de la pista… Por último, debo advertir a Su Señoría que en el expediente que yo he visto no he encontrado la prueba del alcohol a que se refiere el sargento.

—Sin embargo, se hizo —repuso Addison. El juez carraspeó.

—El testigo sólo contestará cuando se le pregunte.

—Sí, Su Señoría.

—Tendré en cuenta lo alegado por ambas partes. ¿Quiere continuar el interrogatorio, señorita Hubert?

La representante del Estado se acercó a Addison.

—¿Se ocupa actualmente del caso Chander?

—No.

—¿Por qué no?

—Fui retirado por mis superiores.

—¿Y quién fue nombrado en su lugar?

—El sargento Monty Roberts.

—¿Incluyó usted en el expediente la prueba del alcohol realizada por los patrulleros?

—Sí, señorita Hubert.

—Eso es todo. Su testigo, señor Grossman.

—No haré preguntas —dijo el abogado Grossman.

—Puede retirarse el testigo.

Barry se fue al banco donde se sentó.

—¿Tiene otros testigos, señorita Hubert?

—No, Su Señoría. A pesar de nuestros esfuerzos los dos testigos del accidente no han comparecido. Exijo que sean multados conforme a la ley.

—Se les impondrá la máxima sanción, señorita Hubert. Tiene la palabra el abogado Charles Grossman.

—Llamo como testigo a Monty Robert.

Roberts estaba muy alejado de Addison. Se levantó con una sonrisa en los labios. Fue a ocupar la silla. Tras el juramento, Grossman preguntó:

—¿Relevó usted al sargento Addison en el caso del accidente de la señorita Chander?

—Sí, señor.

—¿Cuál fue la razón dada por sus superiores?

—El sargento Addison tenía demasiado trabajo.

—¿Hubo algo más?

—No quisiera contestar a eso.

—Está ante un juez, sargento. Debe responder a mi pregunta. Roberts miró al juez y éste le hizo un gesto afirmativo con la cabeza.

—Está bien. El sargento Addison pone demasiado empeño en su trabajo. A veces no se conforma con ser policía, quiere también ser juez. No lo digo yo, sino sus superiores.

—¿Quiso ser el juez también en este caso, sargento Roberts?

—Sí, abogado. Se empeñó desde el primer momento en que la señorita Chander debería recibir un serio castigo.

—¿Cómo sabe eso, sargento Roberts?

—Addison me lo dijo.

Addison apretó los puños. No era verdad una sola palabra de lo que decía Roberts. Pero estaba claro que Grossman había trazado su plan de acuerdo con Roberts.

Grossman dirigió una mirada triunfal al juez.

—Eso es todo, Su Señoría.

—La representante del Estado puede interrogar al testigo.

La señorita Hubert se puso en pie, y se acercó lentamente hacia Roberts.

—Sargento Roberts, ¿cómo explica usted que en el expediente del que se hizo usted cargo, no estuviese la prueba realizada por los patrulleros?

—Quizá no se hizo.

—¿No es obligación de los patrulleros hacer la prueba del alcohol cuando se produce un accidente?

—Sí.

—¿No llevan consigo los patrulleros los elementos necesarios para realizar la prueba?

—Sí.

—¿No cree por lo tanto que lo más natural es que existiese la prueba y que tal documento fuese… traspapelado?

Roberts se quedó con la boca abierta.

—Le he hecho una pregunta, sargento. Conteste.

—Sí, es posible, que se traspapelase, como usted dice.

—He terminado con el testigo.

Roberts se levantó y fue a ocupar su sitio en el banco. Cruzó la mirada con Barry y otra vez esbozó aquella sonrisa sarcástica.

La señorita Hubert defendió su alegato para que la señorita Stella Chander fuese internada en una institución estatal para menores y presentó como prueba adicional dos certificados, según los cuales, Stella Chander había sido multada otras tantas veces por exceso de velocidad y en una de ellas se probó también embriaguez. Ahora había estado a punto de provocar la muerte de un ser humano y, con ello, había dado pruebas de una manifiesta peligrosidad social.

A continuación, habló el abogado Grossman. Casi todo su discurso lo dedicó a cantar las excelencias de la familia. Los padres se preocupaban en general de los hijos, y el señor Chander, un prestigioso colega suyo, quería con todas sus fuerzas a su hijita Stella. El juez no podía ser tan cruel y establecer una separación entre el padre y la hija. A su juicio, no existía ninguna peligrosidad social en cuanto a Stella Chander. Sólo se trataba de un lamentable accidente de tráfico.

Terminado su alegato Grossman, el juez dictó una suspensión de quince minutos. Addison vio que Roberts salía y él también lo hizo.

Roberts se metió en los excusados y fue tras de él. Monty se estaba lavando las manos.

—¿Cuánto te pagaron, Roberts?

—No sé de qué me hablas —le contestó su colega mientras se volvía.

—No puedo impedir tu soborno, Roberts, pero puedo impedir algo.

—¿Qué cosa?

—Que me calumnies ante un Tribunal —dijo Barry y le soltó un zurdazo. Roberts salió disparado hacia uno de los excusados y desapareció en el interior. Barry se limpió las manos.

—Ése es el sitio que te corresponde y del que no deberías salir, Roberts. Luego regresó al Tribunal.

El juez Lander apareció a los quince minutos. Después de pegar un par de martillazos imponiendo silencio, dijo:

—He tenido en cuenta los alegatos de ambas partes y mi

decisión es la siguiente: Ordeno que la señorita Stella Chander sea internada en una institución correccional para menores del Estado de Nueva York, habida cuenta de que existe en su conducta una evidente peligrosidad social. Dentro de un año, éste Tribunal tendrá en cuenta la conducta observada por la señorita Chander, y procederá a dictaminar nuevamente.

Capítulo XIII

Barry oprimió el timbre de una puerta.

Le abrió una pelirroja de cara picaresca que se cubría con blusa y *shorts*. Sus piernas eran esbeltas, del color de la miel.

—Vengo en busca de Crane Lorigan.

—¿Quién lo busca?

—Un antiguo compañero suyo.

—¿Estuvieron juntos en la heladera?

—Sí, cuando nos cogió la polilla.

—Bien venido, muchacho —le guiñó un ojo la pelirroja.

Barry entró en un *living* donde estaba funcionando la televisión. En la pantalla los indios perseguían a una caravana de colonos.

—Crane salió hace un momento —dijo la pelirroja—. Soy Ina Constance.

—Llámame Barry.

—¿Un trago, Barry?

—Me vendrá bien, aunque me vendría bien otra, cosa mejor. —Barry la midió de los pies a la cabeza.

—Vas muy de prisa, chico.

Ina se fue a la cocina y Barry echó un vistazo a la habitación.

—Voy al cuarto de baño, Ina —dijo.

Fue al cuarto de baño y abrió el armario. Vio varias cosas, un tubo de dentífrico, dos cepillos de dientes, una máquina de afeitar eléctrica y una botella de masaje. Cogió una caja metálica y la abrió. Allí había una hipodérmica y dos cápsulas. Guardó la caja en el bolsillo y regresó al *living*.

Ina salió de la cocina con dos vasos de *whisky*. Barry cogió un vaso.

—A tu salud, chico.

—A la tuya, Ina y que te conserves tan hermosa.

Ella se sentó en el diván y cruzó las atractivas piernas.

—Ven aquí, muchacho. Barry se sentó a su lado.
—¿Te gusto, Barry?
—Mucho.
—Tienes cara de granuja.
—Quizá lo sea. Ina lo besó.
Se abrió la puerta en ese momento. Iba se apartó de Barry.
—Hola, Crane —dijo Addison.
Crane Lorigan era un hombrón fuerte, de brazos poderosos.
—Ina, ¿qué significa esto?
—Es tu amigo. Estuvo contigo en la heladera.
—Eres una imbécil. Ya te la pegó.
—¿Eh?
—Es un policía, estúpido. El sargento Barry Addison. Ina miró a Barry con odio.
—¿Es cierto?
—Sí, es cierto.
—Ya decía que tenías cara de granuja. Pero ahora rectifico.
—Gracias.
—Tienes cara de canalla, polizonte. Barry se echó a reír.
—Entra, Crane, no te quedes ahí. Crane mantuvo la puerta abierta.
—Largo de aquí, sargento.
—He venido a hablar contigo.
—Pero yo no quiero hablar con usted.
—Tendrás que hablar.
—¿Y por qué lo cree? Barry sacó la caja metálica.
—Por esto.
—Maldita sea. Démela.
—Hay una aguja y dos cargas. Con esto te ganarás tres años de heladera.
—Usted ha entrado aquí sin mandamiento judicial.
—No lo necesité. Fui bien recibido. Y tú fuiste testigo. Ina y yo nos estábamos besando y ahí tienes el vaso de *whisky* que me ofreció.
Los ojos de Crane se llenaron de furia.
—Ina, te voy a retorcer el pescuezo.
—¿Yo qué sabía, Crane? Barry sonrió al hombrón.
—¿Hablas o prefieres que me vaya con la prueba?

—Hablaremos.

—¿Quién te facilita la carga?

—Un tipo que lleva antifaz.

—No sigas por ese camino, Crane. Sé que eres un agente y que colocas mucha mercancía.

—¿Está en Narcóticos, ahora, sargento?

—No.

—Entonces, ¿qué diablos le importa?

—Murieron dos hombres y una mujer y es lo que estoy investigando. No tengo nada que ver con Narcóticos ni con la Brigada de represión del vicio.

Crane se acercó a Ina e hizo ademán de pegarle una bofetada.

—No me pegues, Crane, por favor.

—Dame ese vaso.

Ina se lo dio y. Crane bebió un trago de *whisky*. Barry no lo interrumpió. Sabía que Crane estaba sopesando la posibilidad de colaborar con él.

—¿Quién murió, sargento?

—Fannie Stuart.

—No la conocí.

—Es posible, pero debiste conocer otro cadáver. Era Donald Gaylor. Trabajó para Acrópolis, una firma dedicada al cemento.

Crane bebió un trago.

—Enciéndeme un cigarrillo, Ina.

—Sí, amor.

Ina encendió el cigarrillo y se lo pasó a Crane. Éste dio dos profundas chupadas y, mientras expulsaba el humo, dijo:

—Gaylor vendía la droga en grande.

—Ya lo supuse. Pero dime, ¿por cuenta de quién lo hacía?

—No lo sé.

—Claro que lo sabes.

—Váyase al cuerno. Barry se levantó.

—Está bien. Me voy.

Se dirigió bacía la puerta y de pronto Crane saltó sobre él tirándole el puño a la nuca. Barry lo vio llegar por el rabillo del ojo y se agachó.

Crane falló el golpe y perdió el equilibrio.

Barry giró como una centella descargándole un mazazo en el

estómago, pero eso no fue bastante para tumbarlo.

Crane logró conectar la izquierda en el cuello de Barry y éste rodó por el suelo.

—Ya te tengo, polizonte —gritó Crane.

Barry se puso en cuclillas y se arrojó de cabeza.

Alcanzó a Crane en el plexo solar y los dos rodaron por el suelo. Ina gritó:

—¡Conviértelo en pedazos, Crane!

Barry logró quedar encima de su rival y le pegó con el puño cerrado entre los dos ojos. Eso atontó al hombrón.

Barry lo cogió por las solapas y le levantó dos veces la cabeza estrellándosela contra el suelo.

—¡Basta, sargento! —suplicó Crane.

—¿Por cuenta de quién vendía Gaylor la droga?

—Pat Lyons.

—Has inventado el nombre.

—No, no lo he inventado. Me llamó esta mañana. Tiene una importante reunión esta tarde a las siete.

—¿En dónde?

—En un motel.

—¿Cuál es el nombre del motel?

—Eldorado.

Barry arrugó el ceño. El motel Eldorado era un establecimiento caro.

—Te vienes conmigo, Crane.

—¿Adónde?

—Al Departamento de policía.

—No puedo dejar a Ina sola.

—No te preocupes. Ina vendrá con nosotros. La pelirroja puso los brazos en jarras.

—¿Por qué he de ir? —dijo desafiante.

—Porque quiero ajustarles las cuentas a algunos bastardos y no quiero que vosotros lo impidáis.

Addison se retiró de Crane y éste se levantó.

—Oiga, sargento, me he ganado un par de balas por haberle hablado de Pat Lyons. Déjeme correr. No le traeré más problemas. Me iré al Canadá con Ina.

—No, Crane, tú no vas al Canadá de momento. Y basta de

discusiones. Crane y su novia siguieron protestando, pero no les valió de nada.

Llegados al Departamento, no entraron por la puerta principal, sino por una trasera, y Barry metió a sus dos detenidos en una habitación, lejos de la curiosidad de la gente en la que no tenía confianza.

Luego él y sus compañeros sometieron a interrogatorio a Crane. Éste les informó ampliamente acerca de la distribución de drogas en la ciudad de Nueva York. Crane no quiso citar al principio nombres, pero terminó por ceder.

Cuando Addison creyó completada su información, se quedó a solas con sus hombres.

—Barry —dijo Hudson consultando la declaración de Crane—. Todo esto es trabajo para los de Narcóticos.

—No, muchacho. Esta vez lo vamos a hacer nosotros.

—¿Sabes a lo que te expones?

—Sí, a que me tiren de una vez a la calle. Pero correré el riesgo. Vosotros no sabéis nada. Seguiréis mis órdenes.

Los detectives se miraron y todos fueron asintiendo con la cabeza. Barry les sonrió.

—Así me gusta, muchachos.

—¿Cuál es el plan, Barry? —preguntó Connors.

—Vamos de caza y no quiero ningún fallo porque nos podría costar caro. Las piezas no son conejos. Esto es caza mayor.

CAPÍTULO XIV

Robert Newman estaba reunido con doce hombres en el *bungalow* número 8 del motel Eldorado, cuando las puertas se abrieron.

Barry Addison irrumpió seguido de sus hombres.

—Todos quietos —ordenó el sargento—. Que nadie se mueva. Los reunidos se quedaron perplejos.

Robert Newman fue el primero en reaccionar y lo hizo con voz cargada de ira.

—¿Qué significa esto, sargento Addison? Por si no lo sabe, está interrumpiendo una fiesta privada.

—Y no he sido invitado.

—No, no lo ha sido.

—Me procuré la invitación, señor Newman —sacó del bolsillo un papel que arrojó sobre una mesa.

—¿Qué es esto?

—Un mandamiento judicial para entrar aquí. Me imaginé que alegaría sus derechos constitucionales.

—De acuerdo, sargento. Es un mandamiento judicial, pero me temo que ha venido aquí un poco despistado.

—¿Usted cree?

—Estoy celebrando con mis amigos la firma de un importante contrato con un organismo del Gobierno. Vamos a levantar un edificio de veinticuatro plantas al sur de la ciudad.

Addison hizo un gesto afirmativo.

—Enhorabuena.

—Gracias, sargento. Ya que fracasó, no tengo inconveniente en ofrecerle un trago a usted y a sus hombres.

—Dejaremos el trago para después.

—Entonces, le agradecería que se marchase.

Gracias a Crane, Barry identificó a muchos de los personajes que había allí.

—Hola, Lyons —saludó a un tipo con la cara llena de protuberancias—. ¿Desde cuándo te dedicas al negocio de la construcción? Según mis informes, sólo te has preocupado de distribuir cargas al por mayor que iban a parar a los drogadictos.

—No sé de qué me habla.

Addison desvió los ojos hacia un fulano de cara pecosa, la nariz ganchuda.

—¿Qué tal Scout? ¿Cómo fue el negocio de la droga en Manhattan?

—No tengo ni idea.

—Quizá yo te refresque la memoria. Newman pegó un puñetazo en la mesa.

—Sargento Addison, ¿ha terminado ya su sarta de chistes?

—Falta el más importante. El que cierra el espectáculo.

—¿Y cuál es?

—Que lo detengo a usted también, señor Newman.

—¿A mí? ¿Es que se ha vuelto loco? ¿Por qué va a detenerme?

—Usted es el jefe de una poderosa red de compraventa de drogas, señor Newman.

—Pruébelo.

—Lo haré. No dude que lo haré. Pero mi acusación personal más grave está por oírla.

—Continúe haciendo su payasada.

—Lo detengo bajo la acusación de asesinato.

—¿Asesinato…? —Newman rió—, Addison le tenía cierto respeto, pero ahora veo que no lo merece.

—Ordenó la muerte de Fannie Stuart, la ex esposa de Henry Robinson, alias Donald Gaylor.

—¿Y por qué iba a hacer yo tal cosa?

—Gaylor era un miembro de su organización. Fannie localizó a Gaylor al cabo de muchos años y al saber a qué se dedicaba decidió chantajearlo. Gaylor recurrió a usted. Y usted perdió la serenidad. Ordenó la ejecución de Fannie, y después la de Gaylor haciendo pasar la de él por un suicidio —hizo una pausa—. Señores, creo que el asesinato no está incluido entre sus medios para lograr dinero. Está terminantemente prohibido y, si alguno de ustedes falla, sólo él debe ser el responsable de su mal paso. Les recomiendo que colaboren con nosotros o muchos de ustedes se ganarán un encierro

de por vida.

Newman gritó:

—¡Todos os callaréis…! ¡Nadie va a decir nada! ¡Este sargento de pacotilla no logrará lo que pretende!

* * *

Aquella noche fue una de las más movidas en el Departamento de policía.

El capitán Lex Wilder se dio cuenta de la trascendencia de la acción emprendida por el sargento Addison y le prestó todo su apoyo.

Un hombre, Scout, fue el primero en decidirse en acusar a Newman y luego lo hicieron hasta cuatro más.

Era muy avanzada la madrugada cuando Addison y sus detectives dejaron el caso listo para la Fiscalía del Estado. El ejecutor de Fannie Stuart, de su ex esposo y de Morley era un asesino profesional, Simón Gutner, el cual fue detenido inmediatamente y confesó.

El capitán Wilder quiso hablar con Addison.

El sargento entró en el despacho de su superior.

Wilder ofrecía aspecto de cansancio. Sin embargo, Barry, aunque tenía el nudo de la corbata bajado, estaba sonriente.

—Addison, a usted no le gusta cómo marchan las cosas en el Departamento.

—Así es, señor.

—Quisiera verlo en mi lugar. Vivimos en una democracia y usted ya sabe cómo se obtiene en nuestro país la mayoría de los cargos políticos. Siempre he dicho que más que una elección era una presión, porque es lo que hacen con los electores, presionarlos para que emitan su voto, y una presión da lugar a otra. ¿Usted me entiende, Addison?

—Sí, señor.

—Es usted un buen policía, pero no espere que las cosas cambien. Barry no dijo nada. No valía la pena.

—Addison, voy a recomendar su ascenso a teniente Perdió la oportunidad una vez, pero ahora se apuntó varios éxitos, y casi de una sola vez.

—Eso lo debo a usted capitán. Me presionó. Wilder esbozó una sonrisa.

—Lárguese antes de que me arrepienta, Addison. Barry salió de allí y se dirigió a su apartamento.

Tomó una ducha fría y otra caliente. Se tendió en la cama y fumó un cigarrillo pensando en todo lo que había tenido que hacer durante los últimos días.

Y se durmió pensando en que, después de todo, ser policía no era tan malo como algunos pensaban.

Eran las once de la mañana.

Barry había estado unas horas en el Departamento, puntualizando los detalles acerca del caso Newman.

El representante de la Fiscalía le aseguró que Newman sería pasaportado a la silla eléctrica por las muertes de Fannie Stuart, Donald Gaylor y Morley.

Luego Barry marcó el número de Helen y se dio a conocer.

—Sargento, ¿vas a venir por aquí? Estoy en compañía de Olivia.

—Muy bien. Iré.

Al entrar en el estudio de Helen, vio a ésta sola.

Ella salió a su encuentro. Le puso las manos en los hombros y lo besó en la boca.

—¿Qué te pasa, Barry?

—Nada.

—Un beso es una colaboración. Te lo he oído decir muchas veces.

—Sí, es cierto.

—Pero tú no has colaborado conmigo ahora.

—¿Dónde está Olivia?

—La despedí.

—¿La despediste?

—Acabé con ella, si quieres oírlo de otra forma.

—¿Por qué?

—Por ti.

Helen sonrió dirigiéndose a la estatua de Diana, para la que Olivia había servido de modelo.

—De pronto me di cuenta de que Olivia quería llevarse algo de aquí como recuerdo. A ti, sargento.

Barry dio una chupada al cigarrillo y arrojó el humo por las

ventanas de la nariz.

—Me voy a ir con ella —dijo con voz ronca.

—¿Qué es lo que has dicho?

—Me voy con Olivia.

El rostro de Helen se transfiguró.

—Cuidado, sargento. Hay cosas que no puedo soportar y una de ellas es que me traicionen.

—Ya lo sé. El hombre que eliges ha de estar sometido a ti como un perrito. Los ojos de Helen despidieron chispas de fuego.

—¿Vas a preferir a esa pequeña zorra?

—No es lo que tú dices. Pero la voy a preferir.

—Sargento, tú no harás tal cosa.

—Ésta es una despedida, Helen.

—¡Maldito seas!

—Adiós.

—Espera.

Barry ya se había vuelto hacia la puerta y tuvo que girar.

Helen apretaba los maxilares. Nunca la había visto tan llena de ira.

—Entérate de esto, sargento. He tenido a todos los hombres que he querido. Y los he tenido a puñados. Me gustaste y pensé que serías fácil como los otros. Pero me equivoqué. Entonces llegué a lo máximo que te podía conceder. Iba a casarme contigo aunque al cabo de unos meses me habría divorciado de ti.

—Gracias por decirlo.

—¡Pero tú no merecías mi sacrificio! ¡Anda, lárgate con esa pequeña zorra! ¡Fuera, no quiero ni verte!

Cogió un martillo y golpeó la estatua con enorme violencia. El seno derecho se desprendió. Luego siguió machacando la estatua mientras gritaba una y otra vez.

Barry salió del estudio.

Poco después entraba en el restaurante Los Artistas. Olivia estaba sentada en una mesa.

—Hola, Barry.

Addison se sentó frente a ella.

—Acabo de terminar con Helen.

—¿Por qué?

—La razón es muy sencilla. Te quiero.

* * *

Estaban en el apartamento de Barry. Era de noche. Addison besó los labios de Olivia.

—Voy a casarme contigo, Barry.

—¿Crees que te conviene? —dijo él y la besó con suavidad en los labios.

—Haré el mejor negocio de mi vida.

—Ser la mujer de un policía no es cosa fácil.

—No pienso que lo sea, pero no me importa.

El teléfono empezó a sonar. Barry alargó la mano y descolgó.

—¿Sí?

—Barry —era la voz de Hudson—, han matado a un tipo en un hotel barato.

—Pasad por mí. Estaré listo en quince minutos.

—Allá vamos.

Barry dejó el auricular en la horquilla y volvió a besar a Olivia.

—¿Lo ves, nena? Ésta será tu vida si te casas conmigo.

—No me quejaré.

Antes de despedirse, se volvieron a besar.

Barry bajó a la calle cuando el auto llegaba. Volvió la cabeza y, al ver a Olivia en la ventana, levantó la mano y ella contestó agitando la suya. Entonces se metió en el coche y dijo:

—Adelante, muchachos.

El auto, conducido por Connors, se apartó del bordillo de la acera y echó a correr.

F I N